

Selecta

Vanessa Lorrenz

*Penqanna
de
Samar*

Venganza de amor

Vanessa Lorrenz

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

«Mi estrategia es en cambio
más profunda y más simple.

Mi estrategia es
que un día cualquiera
no sé cómo ni sé
con qué pretexto
por fin me necesites».

Táctica y estrategia, Mario Benedetti

Prólogo

Londres 1845

Las manos comenzaban a dolerle de tanto tallar el piso, dejó de fregar las baldosas para levantarse y estirar el cuerpo. Casi lloró al ver que su vestido se había mojado con el agua del cubo, estaba destrozado. No es que fuera un buen vestido, pero por lo menos cubría su cuerpo proporcionándole el calor que necesitaba. Maldijo al ver que se le estaban empezando a formar ampulas de tanto fregar.

Esa era la tónica de todos los días desde que había llegado a ese orfanato. Bueno, tal vez no siempre, pero sí desde que las demás niñas se encargaban de hacerle la vida imposible, siempre salía regañada y con un castigo tras otro. Suspiró pensando que aún le faltaba lavar las sabanas de las camas y, gimió pensando que las tenía que pasar por el agua caliente para que quedaran pulcramente limpias.

Sophie no comprendía a sus once años de edad cómo la vida daba tantas vueltas. Vivía en una pequeña casita junto a sus padres, que eran campesinos. Mientras ambos vivieron, ella tuvo la mejor infancia que una niña puede tener, aunque no tenían muchas pertenencias, por lo menos sí todo el amor de sus progenitores. Hasta que la desgracia tocó a su puerta: las fuertes tormentas subieron la creciente del río, sus padres, al percatarse de que su pequeña parcela se destruiría, salieron para tratar de salvar lo poco que les permitiera el clima, sin saber que la corriente los arrastraría a los dos dejándola en el abandono. Esa fue la historia que le dijeron a ella cuando le dieron la amarga noticia.

No tenía ningún familiar al cual le pudieran dar su custodia, realmente fue una suerte que alguien se preocupara por ella, y no la dejara desamparada. Claro que ahora que sufría todo ese maltrato por parte de las huérfanas del orfanato, deseaba que nadie la hubiera ayudado, aunque se quedara en la indigencia.

Terminó de fregar el suelo, y para cuando tiró el último cubo de agua, sus manos estaban prácticamente en carne viva. En cuanto llegó a la habitación que compartía con otras quince niñas, sacó un saquito de tela que guardaba de debajo de la cama y contenía un ungüento que le había dado una señora en el mercado al ver el estado de sus manos. La buena mujer se había quedado horrorizada al ver las llagas que había en ella, y en un gesto de compasión le regaló el ungüento para que se lo aplicara por las noches. Tal vez funcionaría con mayor eficacia si no tuviera que

estar todo el día fregando pisos y cacharros. Las demás compañeras ya estaban en sus camas mientras ella lloraba curándose las manos.

Sintió unos brazos rodeándola y se limpió las lágrimas antes de darse la vuelta y fundirse en un abrazo con Lidia, otra de las huérfanas que habían llegado también tras perder a sus padres.

—Te duele mucho, Sophie. Te prometo que mañana te ayudare a fregar los pisos.

—No es necesario, Lidia. —Miró su amiga con sus ojos marrones; tenía una melena castaña trenzada de manera que no se le soltara ningún cabello—. Ahora me pondré este ungüento y se me calmara el dolor.

—Déjame ayudarte a trenzarte el pelo.

Dejó que su amiga la ayudara, mientras ella terminaba de curar sus heridas, después se puso su bata de dormir de tela rígida que le había dado la madre superiora, y se acostaron juntas en la misma cama.

—¿Sabes, Lidia? Algún día saldremos de aquí, y haremos lo imposible por no tener ninguna carencia. Te lo prometo. Entraremos en sociedad y tendremos hermosos vestidos que serán la envidia de todas las debutantes— dijo mientras acariciaba el cabello de su amiga.

—Sí, y nos casaremos con un conde, nos llevará a vivir a su castillo.

—Sí, nos llevará a vivir a un castillo.

Sonrió pensando que esperaba encontrar la fuerza para cumplir con esa promesa, porque no pensaba seguir viviendo en la miseria. Eso lo juraba.

Capítulo 1

Londres 1853

El corazón amenazaba con salirse del pecho, solo tenía unas semanas para buscar un lugar donde irse a vivir junto con Lidia. La madre superiora había sido muy clara: se tenían que ir de ahí porque ya pasaban de la edad aceptada dentro del orfanato.

—Por suerte he pedido algunos favores para no dejarlas en la indigencia. Una modista las estará esperando para que la sirvan. Deben de ayudarla en todas las labores que ella les pida. A cambio tendrán techo y comida. Pero ya se arreglarán con ella en cuanto lleguen. Tienen una semana para prepararlo todo, en cuanto llegue la carreta con las provisiones, se marcharán con ellos. Te daré una carta para Madame Rosset. Ahora toma esto. —La madre superiora le tendió un pequeño bolsito de tela mugriento—: eran las pocas cosas de valor que encontraron en tu choza.

Al escuchar esas palabras, miles de sentimientos se agolparon en su pecho. Su infancia estaba atrapada en ese pequeño bolsillo. Lo tomó con las manos temblorosas, sabiendo que ahí estaba su vida.

—¿Sabe si aún está disponible la casa donde vivían mis padres?

—No, desafortunadamente la casa solo era arrendada; como todas las de la zona, le pertenece al conde de Kent. La dio en alquiler en cuanto saliste de ahí. Lo siento.

Sabía que no le quedaba nada, pero por un segundo guardó la esperanza de darle una visita al que en algún momento fue su hogar. Acarició el lacito con el que estaba amarrado el pequeño bolsito, ahí estaba todo lo que significaba su pasado.

—Gracias, madre superiora. Estaremos preparadas para partir.

Salió del despacho de la mujer que había sido para ellas la única figura materna en los años que estuvieron ahí.

Lidia estaba sentada en el banquillo donde se cepillaban el cabello. Su amiga miraba al vacío, sumida en sus pensamientos, ajena a la preocupación que embargaba a Sophie. En cuanto las dos pusieran un pie fuera del orfanato, nada sería igual; únicamente se tendrían la una a la otra para protegerse.

—¿Qué sucede Sophie? No me digas que se enteró la madre superiora de que hemos metido otro gatito al orfanato. Debemos convencerla de que las niñas pequeñas se han encariñado tanto con él que no podemos dejarlo en la calle.

—No, de hecho, me mandó llamar para decirme que tenemos que tener nuestras pertenencias listas, saldremos de aquí en cuanto llegue la carreta con las provisiones. Al parecer, una modista nos estará esperando para que comencemos a servir para ella.

—¿Nos están echando de aquí?! No pueden hacernos esto, ¿cómo vamos a sobrevivir? Las demás huérfanas... ¿Qué pasará con ellas? ¿Quién las cuidara ahora?

—Tenemos que irnos, es hora de comenzar una nueva vida fuera de estas paredes, las hermanas de la caridad ya no pueden mantenernos. Tenernos aquí genera gastos. Y sabes que las donaciones de las damas de sociedad cada vez son menos.

—¿Y adónde vamos a ir? No conocemos nada más allá de estas paredes. —Lidia parecía realmente afectada.

—Ya verás como nos irá mejor —dijo tratando de infundirle algo de ánimo.

—Tengo miedo de lo que vamos a encontrar allá afuera. Quiero seguir aquí.

—Sabes que la única forma de que te quedes aquí es tomando los hábitos y consagrando tu vida a Dios. ¿Tú has sentido el llamado del Señor? Porque yo definitivamente no lo he sentido. Necesito saber qué nos depara la vida fuera de aquí.

Por mucho que la nueva experiencia le diera miedo, también sentía un cierto nerviosismo por descubrir cosas venideras.

—Tampoco lo he sentido, pero me aterra pensar que andaremos las dos solas por el mundo. Recuerda lo que le pasó a Emily, no supimos nada de ella hasta que la encontraron tirada en un callejón oscuro del puerto. Solo Dios sabe lo que tuvo que pasar. Pero su muerte fue horrible.

—Ay, Lidia, no debemos pensar que nos pasará algo así. Además, nosotras trabajaremos para una modista. No creo que nos suceda nada malo, simplemente no debemos acercarnos al puerto. Sabes que esa zona es peligrosa. Trabajaremos todo lo que podamos para comenzar una vida.

—Tengo miedo, Sophie, miedo de no saber cómo vivir. ¿Acaso tú no tienes miedo?

—Sí, claro que tengo miedo, pero también una deuda pendiente que cobrar y, para eso necesito salir de estas paredes.

—No entiendo de qué estás hablando.

—La muerte de mis padres no fue un accidente como todos creen, a ellos los mataron y necesito saber el porqué.

—Nunca me has dicho nada de esa parte de tu vida.

—Es porque todo está confuso en mi mente, han pasado muchos años, pero sé quién es el hombre que envió a matar a mis padres. Aunque desconozco el motivo. Aprovecharon la tormenta para hacerlo pasar como un accidente. Pero esa no es la verdad.

—¿Por qué no simplemente los denuncias, si es que sabes el nombre del asesino?

—Porque es una persona muy influyente, nadie se atreverá siquiera a mencionar nada.

Giró la mirada para ver a su amiga, claramente estaba preocupada.

—Ahora tengo más miedo que al principio.

—No nos pasará nada, mientras no digamos una sola palabra. Escondidas en donde la modista

nos será más fácil pasar desapercibidas. Tú no tienes por qué ser parte de esta venganza. Esto solo me corresponde a mí. Y de ninguna manera permitiré que corras peligro cuando tu vida no ha sido afectada por nadie.

—Sabes que te quiero como una hermana y, lo que te afecte a ti me afecta a mí, te apoyare en todo lo que tú decidas.

—Tú también eres como mi hermana. Eres lo único bueno que me ha pasado desde que llegué a este lugar. Pero no es momento de ponerse sentimentales, vamos a preparar nuestras cosas para partir —dijo tratando de no dejarse llevar por las emociones que la embargaban. Aunque no quisiera demostrarlo, ya le había dicho a su amiga que también tenía miedo, pero su sed de venganza la ayudaba a no flaquear.

Los días pasaron de manera rápida, tanto que en un abrir y cerrar de ojos se estaban despidiendo de las demás huérfanas. Mildred, una de las huérfanas que acababa de llegar, lloraba aferrada a su falda. Era tan pequeña que se le rompía el corazón dejarla ahí, pero en ese momento no podía llevarla con ella.

—Volveré por ti, Mildred. Tienes que portarte muy bien, vendré en cuanto pueda llevarte conmigo.

La pequeña niña asintió sin dejar de sujetarla, fue un triunfo separarla, la levantó en sus brazos abrazándola fuerte, esas niñas únicamente la tenían a ella. Vivir en un orfanato era lo más difícil que ella había pasado, la vida ahí entre esas paredes era dura. Pero ya tenía otra razón más para demostrar que la muerte de sus padres no fue un accidente, y su sed de venganza crecía a pasos agigantados.

Le había dicho a su amiga que los recuerdos de aquel día estaban confusos, pero en realidad ella lo tenía todo muy grabado en la mente; igual que la imagen de ese halcón junto con dos espadas a su espalda que formaban parte del escudo del asesino de las únicas personas que tenía en el mundo.

Sin dejarse llevar por los sentimientos que la embargaban, se limpió una solitaria lágrima que amenazaba con delatar el dolor que le causaba alejarse de quien había formado parte de su vida durante los últimos años. Sin dar marcha atrás tomó la pequeña valija que contenía todas sus pertenencias, para salir con rumbo al que sería su nuevo destino.

El camino se le antojó eterno, aunque permanecieron en silencio todo el tiempo, de reojo podía comprobar que Lidia estaba atemorizada, no sabía qué les deparaba la vida, pero lo que más le preocupaba era que no lograra vengar a su familia.

Capítulo 2

En cuanto llegaron a una calle concurrida de Londres el pánico comenzó a apoderarse de ella, pensaba que la modista que les daría asilo viviría en los alrededores de Londres, nunca imaginaron que trabajarían en una zona como esa. Fue inevitable no maravillarse mirando a las damas de sociedad caminar por las aceras con sus hermosos vestidos de finas telas. El día era soleado así que algunas llevaban magníficas sombrillas que las protegían de dañar su piel; otras optaban por refrescarse moviendo con gracia y agilidad sus abanicos de nácar.

Suspiraron mirando los carruajes y calesas pasear por la avenida hasta adentrarse en Hyde Park, esa era una vida de la que nunca podrían disfrutar. Grandes bailes y los vestidos elegantes estaban prohibidos para ellas. Tan sumida estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que el conductor de la carreta que las había llevado hasta ahí le estaba hablando.

—Señorita, deben dar vuelta y tocar por la puerta trasera. Les ayudaré a bajar sus maletas.

—Muy amable, pero nosotras lo bajamos. Lamento mucho no poder darle algo por ser tan amable, pero no contamos con dinero.

—Pierda cuidado, señorita, no me deben nada. Pero si me acepta un consejo, nunca caminen solas por las noches, son unas muchachas decentes que no tiene ni una pizca de maldad, no están preparadas para vivir en este ambiente. Aléjense todo lo que puedan del puerto, no es un buen lugar para ustedes.

—Gracias —dijo amablemente, tomó su maleta de la carreta y caminó juntó a Lidia rodeando la calle, admirando los escaparates pero sin llegar a acercarse del todo.

Detrás de la calle principal se encontraba una pequeña calzada, llegaron a la puerta de la modista que las estaría esperando.

Tocaron suavemente esperando respuesta, pero no se escuchaba nada, de hecho, no había ningún, movimiento en ninguno de los locales, seguramente porque todos estaban centrados en atender a la alta sociedad. Volvieron a tocar esperando esta vez obtener respuesta y al parecer ese era su momento de suerte porque instantes después se abrió la puerta dejando ver a una doncella que las miraba por una rendija.

—¿Qué quieren?!—dijo recelosa; por su aspecto tendría unos veinte años, llevaba un vestido gris parecido al que ellas usaban en el orfanato y en su cabeza tenía un gorrito de color blanco.

—Nos envían del orfanato. —Lidia no había pronunciado palabra desde que habían salido del

que consideraban su hogar. La doncella apretó los labios en señal de desagrado, pero aun así abrió la puerta para que pasaran.

Las condujo por un pasillo angosto hasta llegar a una sala llena de mesillas llenas de tela y todo tipo de enseres de costura. Sophie observó admirada los listones de colores, así como los botones de diferentes formas. Nunca antes había estado tan cerca de cosas tan finas y elegantes.

—Esperen aquí, en un momento madame Rosset las atenderá.

La joven se fue dejándolas ahí de pie, Sophie estaba fascinada, dejó su pequeña maleta en el suelo, mientras se acerba a tocar un vestido de hermosos encajes. Lo que ella daría por utilizar uno igual... Era una soñadora sin remedio. Por su mente se imaginó en uno de esos bailes elegantes que le describían las hermanas del orfanato; algunas habían asistido a bailes invitadas por las damas de sociedad. Contaban lo deslumbrantes que eran los salones de baile. Lo maravilloso que era ver los colores relucientes de los encajes de los vestidos mientras giraban al compás de la música.

La maleta de Lidia cayó provocando que el sonido la sacara de sus pensamientos. Su amiga estaba observando un sombrero que tenía un precioso bouquet de flores, los pétalos eran tan delicados que parecían reales. Era una exquisitez a la vista de las damas.

—¡Lidia! No vayas a manchar ese sombrero. —Su amiga dejó el sombrero en el mismo lugar donde lo había tomado, justo cuando madame Rosset entraba en la pequeña salita donde ellas estaban.

—Bien, veo que estamos muy entusiasmadas por conocernos. —Parecía que estaban ante una dama de sociedad. La modista, con su elegante vestimenta, bien podría pasar por una duquesa. Su precioso vestido en color verde con finos detalles en color negro era una verdadera obra de arte —. Tenemos mucho tiempo para ello. La madre superiora me ha contado su historia, pero no deben preocuparse, a partir de ahora su vida dará un giro completo.

Después de eso las instalaron en una pequeña habitación la cual tendrían que compartir, únicamente tenían una cama de doble plaza, y una mesilla de noche. No era mucho, pero era mejor que pasar sus noches en la calle sin tener un techo con el que cubrirse, aparte de que tendrían un trabajo decente. Madame Rosset se encargó de que estuvieran instaladas, y les dijo que por ese día podían descansar, pero que las necesitaba a primera hora de la mañana en la sala de bordado.

Y así comenzaron a sumergirse en todo lo que implicaba elaborar vestuarios para las damas de sociedad. Madame Rosset se encargó personalmente de instruir las y ahí conocieron su historia. Madame también había formado parte de las niñas que vivían en el orfanato, pero cuando le dijeron que tenía que abandonar el lugar no tuvo tanta suerte, así que vagó por las calles sin tener a nadie que la ayudara. La suerte al parecer nunca estuvo de su lado porque fue a dar a una taberna de mala muerte donde los clientes la ocupaban para satisfacerse. Fue la etapa más dolorosa de su vida, hasta que un día un hombre entró en la taberna, la miró y la rescató de aquel destino. Las hermanas la habían instruido en el arte de la elaboración de prendas de vestir, y eso, junto con sus ánimos de dejar el infierno de vida que llevaba, la llevó a superarse hasta convertirse en la

modista más cotizada de todo Londres.

Nunca dijo el nombre del hombre que la había ayudado, suponían que era para evitar que la buena sociedad no supiera que visitaba lugares poco decentes. La buena sociedad londinense se espantaba con cosas muy pequeñas, pero claro, como ellos eran personas de alto linaje y sangre noble corriendo por sus venas, no podían verse envueltos en escándalos. Pensar en la nobleza, le hizo revivir a Sophie su propio objetivo: vengar a sus padres, su muerte no quedaría impune. De eso de encargaría ella.

Estaban terminando de bordar un vestido precioso en tono violeta con incrustaciones de cristal, era una obra de arte. Suspiró pensando en un plan que la ayudara a cumplir con su venganza. En los seis meses que había estado trabajando para madame Rosset, había investigado en secreto a quién pertenecía el escudo que tenía grabado en la mente; el halcón custodiado por dos espadas no se le olvidaría hasta que exhalara su último aliento. Quien portara ese escudo era la misma persona que había enviado a matar a sus padres y necesitaba encontrar respuestas para después cobrar venganza.

Buscando información con las doncellas que acompañaban a las damas de sociedad, aunque no todas le daban información, había investigado que el escudo pertenecía al duque de Rémington, al parecer era un hombre muy poderoso entre sus pares del Parlamento. Una doncella le había mencionado que el duque tenía un hijo, el marqués de Hertford, que acababa de llegar de hacer un viaje por el continente americano en busca de expandir sus negocios.

Llevaba noches en vela pensando en la mejor manera de cobrar la muerte de sus padres, y solo se ocurría una: matar al hijo de ese bastardo que no se tocó el corazón para quitarle a sangre fría lo único que tenía en su vida.

Su existencia habría sido otra si tan solo sus padres no hubieran sido víctimas de ese ser tan despiadado. Una lágrima resbaló por su mejilla al recordar lo feliz que era al vivir en su casita, pero en ese momento lo único que la mantenía en pie era encontrar al culpable y hacerlo pagar por todo el sufrimiento que le había causado, y lo lograría así se dejara la piel en ello.

Dejó el vestido que en ese instante estaba terminando y una idea se le pasó por la mente, necesitaría la ayuda de varias personas para llegar hasta el lugar donde encontraría al marqués de Hertford y matarlo. Algo en su conciencia le decía que ese hombre no tenía la culpa de los errores del duque, pero solo de esa manera lograría arrebatarse lo que más quería. Esperaba encontrar a las personas adecuadas para que la ayudaran, porque si alguien la descubría estaría perdida, estaba segura que después de matar al marqués la encerrarían en la torre de Londres para después enviarla a la horca. Pero no tenía nada que perder. Únicamente tenía la fuerza que le daba la sed de ver sufriendo a la persona que destruyó su vida.

Capítulo 3

Lidia en cuanto supo su plan le dijo que estaba loca, que en cuanto la descubrieran tendría los días contados, pero ella estaba dispuesta a jugarse el cuello.

—¡Estás loca! No puedes simplemente hacerte pasar por una dama de sociedad que va al acecho para matar a un lord. —dijo Lidia exasperada, mientras caminaba de un lado a otro dentro de su pequeña habitación.

—Solo será una vez, no necesito aparecer mucho entre las fiestas de esa gente fina.

— ¿Y cómo piensas matarlo, Sophie? Tú no eres capaz de atentar contra nadie. No te enojas, pero no tienes la sangre fría como para acabar con la vida de ninguna persona, mucho menos cuando sabes que él no fue el culpable de la muerte de tus padres.

—Tengo que hacerlo, Lidia. Es mi deber.

—Ese deber te va a llevar a la horca. Sabes que si logras cometer ese delito no lograrías vivir en paz, ¿qué será de ti cuando te conviertas en una asesina? ¿Saldrás del baile mientras todos corren a atender al marqués, para venir a seguir bordando y diseñando vestidos?

—Esa es una buena idea. Pero no, Lidia. En cuanto mi venganza esté consumada saldré de aquí si quiero seguir con vida.

—No puedes decirlo en serio, estaré perdida si no regresas con vida, no sabes ni disparar un arma. ¿Cómo piensas matar a ese hombre, el cual, por cierto, es inocente?

—He contactado con alguien que me enseñará a disparar y a manejar una daga.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿No irás contando a todo el mundo que piensas matar a alguien, no? Porque la guardia te detendrá antes de que pongas un pie en la calle.

—No, le he contado a una doncella que tenía miedo de andar por las calles y que no sabía defenderme, al parecer su hermano se encarga de dar entrenamiento a unos hombres que trabajan en el puerto. Así que ha aceptado enseñarme.

—Sophie, te vas a meter en un problema enorme. Me asusta todo eso.

—No pasará nada, solo encárgate de hacerme un vestido y un antifaz con el que parezca una dama de sociedad, uno con el que a nadie le quede la menor duda de que soy del mismo círculo social.

—Si madame Rosset se entera de esta conspiración, nos echará a la calle. Lo perderemos todo.

—Lidia, no tienes que ayudarme en esto. —Su mejor amiga la miró con cara de pena, era como

si se debatiera entre ayudarla o salir corriendo, no podía culparla y tampoco quería arrastrarla a una venganza que no era suya.

—Sabes que estaré para ti en cuanto lo necesites, y te acompañare fielmente.

—Bien, entonces necesito que mi vestido esté listo para dentro de seis semanas, el baile de máscaras de la condesa de Bremont promete ser una de las mejores fiestas.

— ¿Y cómo conseguirás una invitación?

—Eso aún tengo que arreglarlo. Pero si no consigo nada entonces entraré de manera ilegal a la fiesta —dijo mientras comenzaba a cepillarse el cabello. Su amiga le quitó el cepillo y comenzó a cepillarle ella.

—Debes tener cuidado, esas personas son despiadadas. No se tentarán el corazón. Sobre todo porque no somos nadie.

—No debes preocuparte, todo saldrá como tenga que salir.

A partir de ese instante, Sophie se dedicó a trabajar la mayor parte del día, pero en la noche, en cuanto todo el local de madame Rosset quedaba a oscuras, se escabullía y salía al callejón más cercano para encontrarse con John, su *profesor*. Lo tenía que hacer de esa manera para que su reputación no se viera resentida. Algo ilógico, ya que estaba planeando matar a un hombre, y eso suponía que su reputación quedaría por los suelos.

John la entrenaba de manera magistral, los primeros días terminó agotada y con los huesos molidos. Tanto que incluso Lidia la tuvo que vendar porque estaba segura que tenía un par de costillas rotas. Aun así, ese día asistió a su entrenamiento, aunque lo que más deseaba era quedarse en su habitación recostada y dormir todas las horas que su cuerpo necesitara para recuperarse. Madame Rosset se percató de que algo estaba pasando ya que caminaba como si le hubiera pasado encima un carruaje tirado por ocho caballos.

Por suerte a Lidia se le ocurrió la idea de decirle que se había caído por las escaleras de las habitaciones, y al parecer las había creído. A pesar de todo el dolor físico, había valido la pena cada golpe recibido. John le decía que cada día estaba más preparada por si la atacaban. Un amigo de John le había conseguido en el puerto una pequeña pistola, cuando la tomó entre sus manos, estas le comenzaron a temblar, ahí estaba el arma que la ayudaría a vengarse. Le costó dos semanas manejarla a la perfección, tanto que John le dijo que incluso podía batirse a duelo al amanecer y ella sería la vencedora.

Los nervios la estaban traicionando, por fin había llegado el día en que se vería frente a frente con el hijo del hombre que más odiaba. El vestido que Lidia había hecho para ella era precioso, en tonos burdeos con finos encajes en color negro. Si alguien la observara en esos instantes nunca dudaría que pertenecía a la nobleza inglesa. Dolly, una de las doncellas que había conocido en el mercadillo, le había hecho un primoroso recogido que dejaba unos tirabuzones de su cabello rojizo sueltos sobre su hombro izquierdo. El antifaz que cubriría la mitad de su rostro era de un fino encaje en color negro, decorado de una manera exquisita con pedrería en todos plateados. Lidia se había encargado de elaborar un bolsillo oculto entre los faldones de su vestido para

guardar la pistola, que había cargado con pólvora. También llevaba oculta una daga en un costado de sus botines.

Era una suerte que madame Rosset no hubiera notado la falta de materiales con los que había elaborado su vestuario, de hecho, Lidia se había tomado el atrevimiento de sustraer de la tienda un pequeño bolsillo donde llevaba guardado un abanico de nácar que era una preciosidad junto con un pañuelo. Era una lástima que no luciera ninguna joya, pero tampoco las necesitaba. Su necesidad era encontrar a su objetivo.

Lo único malo era que no había logrado conseguir una invitación para el baile, pero tampoco sería menester, estaba segura de que una vez entrando en la casa de la condesa nadie osaría pedirle que se marchara para no dañar la buena reputación de la anfitriona.

Suspiró mirando a todos lados mientras caminaba en la acera que rodeaba la casa y, se escondía entre los carruajes que estaban estacionados. Los nervios la estaban matando, al parecer llevar a cabo su plan no era tan fácil como lo había planeado al principio, y menos teniendo en cuenta que no conocía el rostro del hombre sobre el cual tomaría su venganza. No ayudaba el hecho de ponerse a pensar en que necesitaba entrar en el baile sin que nadie notara que no era ninguna de las damas de sociedad. Siguió caminando como si no le preocupara nada. Se ocultó detrás de una columna donde perfectamente veía a las personas que estaban en fila esperando para ser presentados ante los anfitriones.

Los condes de Bremont estaban sonrientes, recibiendo los halagos de sus pares. La condesa era toda una belleza, su cabellera rubia estaba peinada en un primoroso recogido, llevaba una tiara de rubíes que hacían juego con su collar y sus pendientes. El vestido en rojo escarlata que tenía puesto era una delicia a los ojos de las damas. Suspiró mirando cómo el conde se inclinaba y le robaba un beso a su esposa. Algo totalmente indecente, no era un secreto que, entre la buena sociedad, las muestras de afecto estaban prohibidas, puesto que eran consideradas vulgares.

De hecho, la condesa se desenvolvía con soltura frente a todos sus invitados. Algunos de los caballeros reprimían a sus esposas, tanto que incluso eran mujeres que pasaban la mayor parte de sus vidas en silencio esperando a que sus maridos les concedieran el permiso de expresar alguna idea. Tan concentrada estaba en los anfitriones que no se percató de que un caballero se ponía a su lado.

—¿No le han dicho que es un peligro que una dama tan hermosa se encuentre sola en medio de la oscuridad?

¡Maldición! El corazón de Sophie comenzó a latir desenfrenado, sus manos amenazaban con temblar, el simple sonido de esa voz le produjo escalofríos por todo el cuerpo, y eso que aún no conocía el rostro del caballero que había osado acercarse a ella.

Giró el rostro cubierto por el antifaz dando gracias a que con ese accesorio no notarían el rubor que seguramente cubría su rostro. Tomó su abanico y con un fino movimiento comenzó a avanzar en dirección contraria al recibidor. Tenía que alejarse de él, en su plan no había cabida para charlar con desconocidos. Apenas estaba dando dos pasos cuando el hombre que se había

acercado a ella, la sujetó por el brazo deteniéndola.

—¿Qué sucede, milady? No me diga que le ha comido la lengua un gato.

Era un granuja en toda regla, su tacto le quemaba la piel por encima de la fina tela de los guantes que la cubrían. Sin poder evitarlo alzó su rostro para ver la sonrisa ladina de ese caballero. En cuanto sus ojos hicieron contacto con los de él, un estremecimiento la recorrió. A pesar de que su rostro estaba parcialmente oculto detrás de una máscara negra, Sophie supo que era demasiado guapo para su paz mental. En realidad, ella no tenía demasiada experiencia con los hombres, de hecho, con el único que se relacionaba era con John, y él no contaba porque solo la estaba entrenando. Se quedó sumergida en la magnitud de esos ojos negros que la estaban mirando. La sonrisa ladina, y esa barbilla cuadrada casi la hicieron suspirar.

Estaba punto de protestar que la dejara estar tranquila, cuando una voz los paralizó a los dos.

—Milord, ¿me permite su abrigo? —Uno de los lacayos con librea le preguntó discretamente al misterioso caballero que estaba junto a ella. La situación era incomoda, a cualquier mujer a la que la descubrieran en un embrollo así, la tacharían de llevar *una vida fácil*.

—Aún no, mejor acompaña a milady hasta el salón de baile, al parecer estaba perdida y me he acercado a socorrerla.

—Si me acompaña, milady, será un placer. ¿A quién debo anunciar?

¡Maldición... y doble maldición! John a cada rato pronunciaba esa palabra cada vez que ella le daba un golpe certero, así que ahora ella la usaba constantemente. ¿Qué nombre diría? Por Dios, ella no estaba preparada para eso. Su plan estaba cada vez más lejos de ser cumplido, ahora sí estaba segura de que la descubrirían y la enviarían a la horca por hacerse pasar por alguien que no era. Estaba buscando la salida más rápida, cuando el extraño caballero la salvó de un encierro seguro.

—Déjalo. Yo acompañare a milady.

Capítulo 4

Tal vez aun había esperanzas de que nadie la descubriera, ahora solo tenía que deshacerse de ese hombre y escabullirse a un lugar donde pudiera esconderse para llevar a cabo su plan, porque si de algo estaba segura era de que no se iría de ese lugar sin haber matado al hijo del hombre que había destruido su vida por completo. Recordaba el escalofrío que sintió cuando le habían dicho que el duque de Remington era el culpable de que su vida fuera una tragedia. Pero quien tenía que pagar por los errores era su hijo, el marqués de Hertford. Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que estaban muy próximos a llegar al recibidor. ¡Maldición!

—Y bien, milady, ¿cuál es su nombre? —Al parecer la suerte no estaba de su lado. Cada paso que avanzaban la llevaría a una muerte segura, un escalofrío la estremeció, necesitaba encontrar una salida. Podía fingir un desmayo y por cortesía la atenderían. Pero después de recuperarse lo más probable es que los anfitriones pidieran explicaciones. Tratando de idear algo que la ayudara, un pensamiento llegó a su mente, dándole un respiro de alivio.

—Lady Sophie Rosentber —dijo tratando de que su voz no sonara demasiado angustiada. En ese momento, si era sincera consigo misma, se alejaría de ahí y se olvidaría de su venganza. Pero la imagen de sus padres siendo arrastrados por la corriente le devolvió la fortaleza que necesitaba.

—Un placer, milady. —dijo el desconocido comenzando a caminar. Un lacayo con librea les preguntó los nombres con los que tenía que anunciarlos. Aunque Sophie trataba de alejarse, era imposible, pues el desconocido la tenía sujeta de manera firme. Al escuchar el título por el que anunciaron al extraño caballero, sintió que el aire le faltaba. La vida no podía darle una oportunidad así, no podía ser posible, no podía creer que el único hombre al que buscaba ahora estaba sujetándola del brazo para escoltarla al salón de baile. Algo totalmente inapropiado, aunque lo último que le importaba en esos momentos era su reputación, ya que si alguien descubría cuáles eran sus planes, seguramente la enviarían a la horca. Pero tampoco quería levantar sospechas. No era muy usual que una dama de la nobleza se anduviera paseando por ahí sin carabina. Ya se inventaría algo para cubrir ese pequeño detalle.

Mientras más pasos daban para llegar hasta sus anfitriones, su corazón latía de manera apresurada. Escuchó de manera lejana cómo los presentaban y, sin querer, volvió el rostro para ver la expresión del hombre que ahora estaba a su lado. Era una lástima que tuviera que matarlo,

porque por un pequeño instante se le pasó por la mente que era demasiado guapo. Suspiró para sacar la tensión que le estaba presionando el pecho. Las cartas ya estaban echadas, tenía que terminar su misión buscando una templanza que solo la sed de venganza podría brindarle. Sonrió de manera encantadora realizando una reverencia a sus anfitriones la cual casi la hace trastabillar de no ser porque su acompañante actuó de manera rápida sosteniéndola para evitar que terminara en el encerado suelo del recibidor.

La condesa la miraba de manera interrogante, mientras que el conde saludaba de manera efusiva a su acompañante como si fueran viejos amigos. Sophie vio su rostro relajado, que lo hacía parecer mucho más apuesto de lo que ya era. Su corazón dio un salto en su pecho, por suerte la condesa llamó su atención sacándola de sus pensamientos. Odiaba tener ese tipo de debilidades cuando en lo único que debería estar pensando era en cómo acabar con el hombre que desgració su vida para siempre.

—Dígame, lady Sophie, ¿de dónde conoce a nuestro querido Jason? —Escuchó que preguntaba la condesa con la voz melodiosa que distingue a las damas de la aristocracia.

—Oh, qué curiosa se ha vuelto milady. —Jason, como ahora sabía que se llamaba, salía a su auxilio de nuevo—. Lady Sophie acaba de llegar de un viaje agotador, es prima de un amigo que me ha encomendado su seguridad.

Los condes los miraron con cara de incredulidad, eso quería decir que ese hombre era un libertino en todo el sentido de la palabra.

—Creo recordar el apellido de milady —dijo la condesa mirándola de manera suspicaz—, pero en este momento no logró hacer memoria de qué me suena, espero no estar cometiendo alguna falta imperdonable.

—No se preocupe, milady. —Las manos le temblaban, y en cualquier momento amenazaba con salir corriendo. Nunca pensó que tendría que enfrentarse a esa situación.

—Ahora, si nos disculpan, me gustaría llevar a esta hermosa dama a que me conceda una pieza de baile —dijo Jason comenzando a caminar en dirección al salón de baile sosteniéndola fuertemente. Esperaba que de un momento a otro la dejara libre para poderse escapar, ya después pensaría en una solución para salir de ese lugar sin terminar condenada a pasar sus días en una fría y húmeda celda.

Tenía que pensar en algo de manera rápida, se estaban acercando más y más hasta la pista de baile y ella no sabía bailar, las manos estaban comenzando a sudarle, todo su ser estaba en guardia, su vida prácticamente pendía de un hilo. Con un leve movimiento de su brazo, trató de liberarse del fuerte agarre que la arrastraba hasta donde todos los asistentes bailaban al compás de la música.

—Debe disculparme, milord, pero no sería bien visto que le dedicara un baile sin haber tenido una presentación adecuada.

Jason pareció no escucharla, ya que no la soltó y siguió caminando como si no hubiera emitido ninguna palabra.

El centro de la pista parecía mágico, las finas telas de las faldas de las damas se movían al compás de las notas, emulaban un caleidoscopio que inundaba todo el salón de brillo y color, las flamas de las velas que iluminaban la estancia le daban un toque mágico. Sophie estaba maravillada con todo ese lujo, pero por su mente atravesó la imagen de sus padres mientras su vida se apagaba y sintió que les estaba traicionando, estaba traicionando su muerte y su venganza. Quiso regresar sus pasos para poder poner en orden sus pensamientos.

Lidia tenía tanta razón, ella no era capaz de matar ni a una mosca, y se odiaba por eso. Necesitaba valor para vengar a su familia. Pero en ese mismo instante todo tipo de valentía se había esfumado de su cuerpo.

Un leve movimiento la sacó de sus ensoñaciones solo para ver que Jason estaba posicionándola en el centro del salón de baile mientras hacía una reverencia para comenzar a bailar. Giró de manera discreta para fijarse en los movimientos que hacían las demás damas. Cuando vio que ellas devolvían la genuflexión en respuesta a la de los caballeros, Sophie trató de hacerla de manera muy burda. Por respuesta solo obtuvo una sonrisa ladina y burlona por parte de su compañero de baile.

En cuanto sus manos se colocaron en su cintura, ni siquiera fue capaz de pensar con raciocinio, un estremecimiento comenzó a recorrerle por la columna, él le sujetó la otra mano de una manera tan sutil y suave que casi la hizo suspirar. Ella posicionó su mano sobre el brazo de él, y por primera vez en su vida sintió algo que nunca había experimentado, era como si su mente y su corazón no estuvieran en la misma sintonía; todo su cuerpo reaccionaba de la manera menos esperada y lo único que quería era terminar de una vez por todas con su venganza.

—¿Acaso le ha comido la lengua el gato? —Estaba comenzando a sentirse mareada, aun así, entre la bruma que la estaba invadiendo logró escuchar esas burlonas palabras—. Vamos, milady, no me diga que ahora es tímida, porque esa no es la impresión que me dio hace un momento cuando estaba escondida entre los oscuros arbustos. ¿Qué buscaba milady? Acaso estaba esperando la compañía de un amante, ¿tal vez?

Si estuviera en otra situación estaba segura de que le dejaría sin dientes, era una clara insinuación de que era una mujer *de vida fácil*.

—Nada más lejos de la realidad, milord. ¿Y usted? Estaba esperando la compañía de una dama. Su reputación lo precede caballero.

Él soltó una leve carcajada, que lo hizo parecer más sinvergüenza; lo único que le molestaba a Sophie era que con cada sonrisa que le dedicaba, su respiración parecía detenerse por milésimas de segundo.

—Ahora me ha dejado más intrigado, milady. No es muy común ver a una bella dama escabulléndose entre los arbustos, a menos que sea para encontrarse con alguien de manera clandestina. Así que sí, estoy completamente interesado en el motivo de su presencia en este lugar.

Por un instante su pulso comenzó a acelerarse, era obvio que él no era un tonto al cual podía burlar de ninguna manera. Era una lástima que antes de que terminara la velada lo tuviera que

matar.

—No hay nada de intrigante, milord, ¿acaso no se ha topado nunca con una dama rebelde que sale a una fiesta a la cual la han invitado? Y mi dama de compañía debe de andar por ahí perdida, buscándome, así que como puede apreciar, no estoy sola ni tampoco me escabullía para salir a una cita clandestina, mi único pecado ha sido esperar un poco para tomar aire fresco antes de entrar. Debo confesar que me sentí un poco abrumada por estar entre tantas personas distinguidas.

—No creo que ese fuera su único pecado. —El agarre de su cintura comenzó a apretarse más, hasta que sus cuerpos estuvieron muy cerca de una manera que casi era indecente—. Hay algo más en lo que también ha pecado.

—No entiendo de lo que me está hablando, y le suplico que se aleje un poco si no quiere que las matronas comiencen a hablar de la manera poco decorosa con la que me está sosteniendo.

—Todo eso carecerá de importancia, milady, ¿a qué piensa que pondrán más atención: a un simple agarre en un baile; o al hecho de que ha usado un título que no le corresponde para entrar en esta fiesta? ¿Por cuál de los temas cree milady que las matronas harán más escándalo?

Capítulo 5

Las finas telas de las faldas de las damas giraban y giraban de tal manera que estaban comenzando a marearla, no quería pensar en las palabras que sus oídos habían escuchado. Jason la miraba de manera acusatoria, como si supiera que estaba ahí para hacer algo de lo que se arrepentiría toda su vida. Ahora sí que su vida pendía de un hilo, y si a ese caballero se le ocurría llamar la atención de todos, estaba segura de que no tendría un final muy esperanzador. Únicamente le quedaba una opción para salir de semejante escollo; y eso no era más que mentir, mentir y mentir como una bellaca.

—No entiendo de lo que me está hablando.

Con la sonrisa sarcástica que le dedicó se puso más nerviosa si es que eso era posible. Tenía un plan muy bien trazado, y el destino no podía ser tan cruel con ella como para que todo lo que había ideado se viniera abajo. Ahora recordaba de dónde había sacado ese apellido, estaba segura de que se lo había mencionado alguna de las doncellas que la había ayudado. No entendía cómo había sido tan tonta como para decir ese apellido frente a alguien de la nobleza. Pero si tenía que justificarse pensaría que los nervios la habían traicionado. Las manos de él acariciando su cintura la alteraron de una manera que la hizo saltar. Eso no era bueno, necesitaba mantener sus nervios en calma y pensar las cosas para actuar de manera rápida.

—Necesito que me explique, milady, por qué ha usado un título falso. Porque definitivamente ese apellido no le corresponde a usted. ¿Qué pretendía con presentarse de esa manera con los condes? Tiene una sola oportunidad para decirme toda la verdad antes de que les diga a mis amigos que usted está usurpando un apellido que no le pertenece. Porque puedo hacerlo, milady. Eso se lo aseguré. No tendré ninguna consideración.

Suspiró mirando a su derecha para ver que los condes se habían unido al baile y giraban por toda la pista de baile. Era todo un espectáculo verlos juntos, porque la condesa miraba fijamente a los ojos a su esposo como si realmente estuviera muy enamorada.

—No trate de evadir mi pregunta, milady.

—No lo estoy evadiendo —dijo mirándolo como si fuera una molestia, debía actuar como si su mirada no le afectara y como si no estuviera al borde del desmayo—, posiblemente sea una coincidencia, he tenido el mismo nombre y apellido desde que nací. Y no tengo por qué darle explicaciones de nada.

Trató de escapar de su agarre, ya sin importarle si lo dejaba en ridículo en medio del salón de baile.

—¿Dónde cree que va? —dijo él apretándola más a su cuerpo.

—Necesito tomar aire, milord. Hemos estado bailando más de lo que dictan las buenas costumbres. Será mejor que vaya a buscar a mi nana. No está bien visto que me aleje demasiado tiempo de ella.

—Hace unos momentos parecían no importarle las buenas costumbres, milady. Puedo asegurarle que solo bastará que dé la voz de alarma y todas las puertas de este salón se cerraran impidiéndole salir, así que es mejor que me diga la verdad.

—No estoy diciendo ninguna mentira y, no entiendo qué es lo que se propone. Mi único pecado ha sido tomar un poco de aire fresco como ya le había dicho.

El baile ya había terminado y ellos no se habían percatado de eso; Sophie, con el corazón amenazando con salirse de su pecho, se dio la vuelta para dejarlo ahí parado en medio del salón, tenía que escapar si quería tener alguna una oportunidad de vivir. Salió lo más rápido que pudo levantando los bajos de su vestido para no tropezar, algo totalmente impropio, pero a esas alturas ya le importaba muy poco lo que pensarán de ella. Solo necesitaba dar unos pasos más y estaría a salvo.

—¡¡Lady Sophie!! —Escuchó que le gritaban, era consciente de que no se debía detener, pero la voz de su anfitriona hizo que se detuviera reprendiéndose por ser tan tonta.

—Condesa —dijo sin saber cómo tenía que dirigirse a ella, las formalidades y los títulos estaban fuera de su vocabulario así que esperaba no estar ofendiéndola.

—Lady Sophie, he notado que se marchaba; ¿algo la ha disgustado? Pensé que estaba pasando una agradable velada.

—No se preocupe, en efecto estaba pasando una estupenda noche, pero me temo que debo retirarme.

—Sé que Jason puede ser un poco abrumador, pero es un hombre en toda la extensión de la palabra; si ha dicho algo que le ha resultado insultante déjeme decirle que es parte de su personalidad, en realidad no es mala persona.

Con esas palabras la condesa demostraba la alta estima que le tenía a Jason.

—¿Qué sucede, Marian? —La voz de Jason detrás de la condesa la sobresalto.

—Oh, no es nada, Jason, solo platicaba con lady Sophie acerca de su opinión del baile. Y hemos quedado para asistir a la merienda de los duques de Stanford mañana por la tarde.

—No creo que sea conveniente, Marian —dijo Jason tuteando a la condesa—. Milady acaba de llegar de un viaje agotador y no creo que se encuentre en disposición de acudir.

—Oh, Jason, no seas anticuado, seguro que el viaje que ha realizado es para que pueda encontrar esposo, y te seguro que lo va a encontrar. ¿Acaso no has visto cómo la admiran los demás caballeros? Si ninguno se ha acercado es porque no se ha presentado debidamente en sociedad. Así que la tomaré bajo mi tutela para su presentación. Y su primera aparición será

mañana en la merienda. Cuando se lo cuente a Catherine me ayudará gustosa. Ahora, Jason, haz el favor de acompañar a milady a su casa. Iré a avisar a Judith para que los acompañe, detestaría que su reputación se viera dañada por no ir con carabina. ¿Te imaginas? Tendríamos que unirlos en matrimonio a ti.

La condesa desapareció farfullando que mientras estuviera bajo su protección nadie osaría manchar su reputación. Se giró nerviosa para ver a Jason que la seguía mirando como si supiera que era una impostora.

—Veo que se ha congraciado con Marian. —Jason la tomó por el brazo dañándola al sujetarla tan fuerte—. Como se atreva a hacerle daño a la esposa de mi mejor amigo no habrá lugar en todo Londres donde se pueda esconder, milady, así que es mejor que piense bien en lo que va a hacer.

La frialdad con la que pronunció esas palabras la dejó de piedra. Tenía que salir de ahí a como diera lugar.

—Me hace daño, milord —dijo haciendo una mueca; estaba claro que ese hombre se convertía en un peligro si de dañar a sus amigos se trataba.

—Este dolor no será nada comparado con el que le causaré cuando descubra cuáles son sus planes. Ahora, si me permite, voy a decirle a mi cochero que prepare el carruaje.

En cuanto le vio dar la vuelta, Sophie no lo pensó más y se salió corriendo entre los carruajes que estaban en fila esperando a que sus dueños salieran de la fiesta. No había sentido tanto miedo en su vida. En cuanto llegó a una calzada lejana y se percató de que no la seguían, se escondió hasta que pasó un coche de alquiler, por suerte el camino a casa no estaba demasiado lejos. En cuanto entró por la portezuela de atrás, caminó despacio para no hacer ruido. Entró en la pequeña habitación que compartía con Lidia y se quedó de piedra al ver que dentro la estaba esperando madame Rosset en la pequeña cama, sentada como una reina.

Giró la vista a donde Lidia estaba parada para verla, estaba segura que después de eso estarían de patitas en la calle sin dudarlo.

—Muy bien, señorita, es momento de que me cuente toda la verdad. Y por su bien y el de su amiga necesito que no me oculten nada. Odio las mentiras.

Gimió por dentro, de esa no había quien la salvara, era una tonta que no medía las consecuencias de sus actos; pero estaba tan cegada con su venganza que no consideró que pudiese afectar a Lidia.

Suspiró sentándose junto a la persona que les había brindado una oportunidad de tener un sustento en la vida. Sentía una vergüenza enorme al ver que le había fallado, había abusado de la confianza de madame Rosset.

—No sé por dónde comenzar, lo único que puedo decir es que Lidia no tiene nada que ver en esta venganza, ella es inocente y le ruego que no la desampare.

—Es mejor que comiences por el principio, niña, y no omitas nada. Ya después decidiré qué hago con ustedes. Siento que me han utilizado y he caído como una ingenua.

—Todo comenzó cuando yo era muy pequeña, mis padres habían salido a tratar de salvar algo

de la cosecha... —dijo Sophie empezando a recordar la tragedia que les había sucedido a sus padres, mientras la iba recordando miles de pensamientos pasaron por su mente. Era tan injusto cómo les habían arrebatado la felicidad...

Cuando terminó de contar la historia que la había llevado a actuar de esa manera, giró la vista al lugar donde estaba Lidia, que permanecía callada en un rincón de la habitación.

—Se lo suplico, madame Rosset, Lidia no ha tenido ninguna culpa, ella solo ha seguido mis instrucciones. Soy yo la culpable de todo.

—Vamos a ver, tenemos que recapitular todo este embrollo. Me estás diciendo que has ido a ese baile para matar al hijo del duque Remington, y que para tu mala suerte has tenido que simular que conocías al hijo del hombre que mandó a matar a tus padres, y que tan campantes fingieron que eras prima de un amigo de él. Por si fuera poco, la condesa te ha dado su protección para que te presentes en sociedad. Dime: ¿cómo piensas salir de este lío sin que te envíen a la cárcel?

Sophie para ese entonces dejó salir las lágrimas que estaba conteniendo. Estaba tan segura de que podía haber cumplido con su venganza que en ese momento, al ver que sus planes no daban los frutos que ella quería, sentía una frustración y una furia enorme al darse cuenta de que el asesino de sus padres no pagaría por el crimen que cometió.

—Creo que lo mejor es que me vaya lejos, donde nadie me reconozca.

—¿Aún quieres matar al marqués?

Esa pregunta la dejó descolocada, definitivamente sentía mucha furia y venganza, pero no para el marqués. Ahora que lo conocía se daba cuenta de que lo que Lidia decía era verdad, ella tenía el corazón muy blando y era incapaz de matar a nadie.

—No creo poder ser capaz de quitarle la vida a nadie.

—Eso ya lo hemos comprobado, por eso tu venganza será diferente, idearemos un plan para ayudarte sin que tengas que matar a nadie, Sophie, y esa será tu venganza perfecta.

Capítulo 6

Madame Rosset comenzó a idear un plan para su venganza. Aunque al principio tenía dudas, no le quedó más remedio que asentir a todo lo que ella le decía, fue un auténtico milagro que, en lugar de echarlas de ahí, las apoyara en esa locura.

El plan sonaba bastante descabellado, pero ahora no tenía otra salida. En cuanto decidieron lo que harían, se pusieron manos a la obra; todo eso le alteraba los nervios, más cuando Madame Rosset comenzó a diseñar el que sería su vestuario. Lidia únicamente asentía a cada indicación que le daban, y ella también comenzó a trabajar en sus vestidos y accesorios.

El amanecer las sorprendió trazando el plan. En cuanto consideraron que era una hora pertinente, enviaron una nota a la condesa de Bremont; por suerte, madame Rosset tenía muchos buenos amigos, así que no fue difícil conseguir un papel membretado y un sello especial para ella. Le envió una nota a la condesa pidiendo disculpas por haberse retirado de esa manera y que aceptaba su propuesta de estar bajo su protección siempre y cuando aún siguiera en pie su buena voluntad de ayudarla.

Todo estaba meticulosamente planeado. Madame Rosset tenía una hermana que había heredado una casa de parte de unos tíos acaudalados que habían perdido su título de la nobleza por problemas que no les quiso contar. Al parecer nadie sabía a quién pertenecía esa casa, pero Sophie tenía que decir que la estaba rentando, obviamente no podía vivir sola, así que Lidia se haría pasar por su doncella y dirían que habían llegado a Londres para disfrutar de la temporada ahí, acompañadas por una tía que era pariente del amigo de Jason. La casa contaba con el servicio suficiente para atenderlas así que esa parte de la historia estaba cubierta.

Cuando Sophie quiso replicarle a madame Rosset acerca de su plan, esta le dijo que ya que la había inmiscuido en ese lío, ahora tenía que sacarla de ahí sin que su reputación se viera comprometida. El haber usado telas que solo ella utilizaba para sus vestidos, hacía que las damas de sociedad la relacionaran con ella. Así que no tenía ninguna escapatoria, aunque con cada segundo que pasaba a ella le parecía mucho mejor la idea de marcharse para siempre, algo completamente tonto teniendo en cuenta que su primera opción era ir y matar a un hombre inocente al igual que lo fueron sus padres.

La mañana había sido frenética entre ir a la casa que habitarían a partir de ese instante como si fuera una verdadera dama de sociedad. Madame Rosset había enviado una nota al mayordomo

para que la tuvieran lista, pero como no se podía presentar con el atuendo que utilizaba para trabajar, tardaron un poco en que todo quedara perfecto.

Ataviada con un hermoso vestido de paseo en color amarillo, a juego con una chaquetilla que tenía bordabas pequeñas flores, parecía una verdadera dama. El pánico la comenzó a invadir cuando vio la fachada de la casa, pensaba que sería una pequeña casa modesta para ser una herencia, pero la majestuosa residencia que tenía frente a ella la dejó sin habla. Era consciente de que nada saldría bien, no era tan sencillo engañar a las personas. Sobre todo, cuando se jugaba la vida.

La condesa no tardó en enviar la respuesta de su carta diciendo que estaba encantada de apoyarla y que la vería en la merienda de ese día.

Madame Rosset le estaba enseñando cómo debería comportarse frente a las damas de sociedad, pero al parecer todo era más complicado.

—¡No!, ¡no!, ¡no! Niña, te estoy diciendo que debes alzar de manera delicada el dedo al levantar la taza. No puedes levantar de esa manera tan apresurada el brazo, si no tienes cuidado derramaras todo el té.

—Esto es una locura —dijo derrotada.

—Una locura en la que tú nos has metido. Y ahora debes empezar de nuevo a caminar de manera recta, pero tratando de parecer que flotas entre los pliegues del vestido. El marqués de Hertford ha enviado una nota para decir que te recogerá a las cinco en punto. Así que debemos darnos prisa —soltó como si nada madame Rosset, tal parecía que les había hecho un comentario sobre el clima y no que el hombre al que había intentado matar una noche antes pasaría por ella para llevarla a la merienda.

—¿Cómo me ha encontrado? Nadie me siguió la pista hasta el taller. Me cercioré de eso.

—Querida, aún no conoces cómo es la sociedad londinense. Pueden guardar las apariencias y sentirse superiores a cualquier mortal, pero nunca pierden la oportunidad de enterarse de un buen cotilleo, el marqués tiene sus aliados y estoy segura de que la condesa lo ha informado de todo en cuanto le llegó tu nota.

Comenzaron a vestirla con un atuendo diferente, Lidia la peinó con unas tenacillas dejando unos delicados bucles cayendo sobre su hombro. Madame Rosset le llevó todos los accesorios que pudiera necesitar, incluso algunos pañuelos bordados con sus iniciales y una botellita tallada con perfume de lavanda.

Al ver su reflejo en el espejo, se dio cuenta que la imagen que le devolvía no correspondía a ella, era como si de otra persona se tratara.

—Sophie, debes recordar mantenerte en silencio todo lo posible, a los hombres no les gusta que las mujeres opinen, a no ser que sea para elegir las cortinas de su casa. Recuerda que la reverencia la debes hacer de manera suave y grácil, imagina que eres una tierna y delicada florecilla.

—De acuerdo. Debo ser una damisela en peligro.

—Sophie, si quieres que esto salga bien y que nadie salga perjudicado, debes aprender a engañar. Si haces todo esto sin fallar, en unos meses podrás dejar todo atrás. Serás una más de las debutantes que se regresan a su casa de campo al no conseguir un marido.

Todo eso era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo porque mientras más se acercaba la hora de la merienda, más nerviosa se ponía. Sentía que el vestido le apretaba y las varillas del corsé le estaban fracturando la espalda de lo apretado que lo tenía. Su respiración era más pausada y estaba segura de que no aguantaría tantas horas sin respirar antes de caer desmayada.

Sonrió al mayordomo, que la miraba de manera interrogante mientras tomaba unos aperitivos en la pequeña estancia. Nerviosa, levantó la taza de té de manera casi perfecta, mientras el mayordomo asentía dándole el visto bueno.

Escuchó que tocaban en la puerta principal y se levantó de inmediato para alisarse el vestido, no hacía falta preguntarse quién sería porque lo tenía claro. El corazón le dio un vuelco cuando vio entrar a Jason vestido de manera impecable. Siguiendo las normas de etiqueta, esperó paciente a que avisaran de su llegada, la cual no tardó, pues el mayordomo abrió las pequeñas puertas para anunciarlo.

—Milady, veo que le gusta huir. Me pregunto cuál será el motivo oculto.

Así que el caballero no quería andarse con rodeos.

—No hay ningún motivo oculto, ya se lo dije en el baile de ayer, lamento si usted confundió las cosas —dijo mientras hacía una reverencia. Él se acercó a ella para besar su mano, provocándole un estremecimiento en la piel.

—No sé cuál es su juego, milady, pero lo voy a descubrir; tal vez logre engañar a varios, pero a mí no.

—Entonces no veo ningún motivo para que esté aquí.

—No esperará que la deje campar a sus anchas con una identidad falsa, ¿verdad? Ahora, milady, si es tan amable, tenemos que asistir a esa merienda.

—Permítame, voy a llamar a mi doncella.

Como si la invocara, Lidia salió detrás de la puerta para darle un ligero abrigo y su sombrilla, se colocó el precioso sombrero que le había llevado y suspiró de manera audible para infundirse un poco de valor.

El carruaje estaba esperándolos ya con la portezuela abierta y en nada de tiempo ya estaba de camino a la merienda de los duques de Stanford. La presencia del marqués dentro del carruaje hacía que ese espacio pareciera minúsculo; sin querer su pierna rozó una de las de él provocando que diera un brinco en su asiento.

Levantó la vista para ver que el muy descarado estaba sonriendo con esa risa burlona que ella tanto odiaba, sabía que era un granuja de primera y lo peor del caso es que ella no era inmune a sus encantos. Trató de mantener la postura, tal y como madame Rosset le había aconsejado, tenía que estar «siempre rígida, como un hermoso tallo que sostuviera una hermosa rosa».

El camino hasta la casa de los duques de Stanford no fue tan largo como a ella le pareció, en

cuanto se bajaron del carruaje admiraron asombradas aquella enorme casa. Jason le tendió el brazo para que se apoyara en él, grave error porque de esa manera sentía su presencia más que nunca. El aroma de su fragancia la estaba mareando, se sonrojó al ver que avanzaban demasiado juntos.

—Muy bien, milady, que comience su teatro, quiero ver hasta dónde es capaz de llegar.

Sin darle opción a contestar, siguieron caminando para encontrarse con la condesa de Bremont, que ya estaba en camino a su encuentro. La condesa sonreía de manera encantadora y por un momento sintió que estaba haciendo mal al engañarlos. En el orfanato le enseñaron que mentir era malo, y ahí estaba ella, montando una farsa que la ayudara a cobrar su venganza.

Capítulo 7

—Lady Sophie —dijo la condesa mientras camina a su encuentro—, es maravilloso que aceptara la invitación, la duquesa está encantada de tenerla de invitada. Es muy amiga mía. Entre las dos la ayudaremos a que consiga el mejor esposo.

—Dios libre de semejantes mentes a todos los caballeros que están asistiendo a esta temporada —dijo Jason haciendo reír a la condesa.

—Recuerda que tú estás libre, Jason. Así que, si sabes rezar, ya puedes ir comenzado, por que nuestra Sophie será la sensación de la temporada. Pero acompáñeme, lady Sophie, le quiero presentar a la duquesa.

Sentía que la red de mentiras que estaba tejiendo se estaba haciendo más y más grande, la duquesa de Stanford era una mujer encantadora, pero con carácter. En cuanto la vio, le sonrió de manera agradable, era como si se conocieran de toda la vida por la calidez con la que se dirigía a ella.

—Oh, lady Sophie, es un gusto tenerla en esta merienda, pero pasen, están a punto de comenzar los juegos. Marqués, es un honor que asista a este tipo de eventos —dijo con una sonrisa encantadora; se notaba que entre ellos existía una gran amistad.

—Su excelencia, alguien tiene que venir a darle los últimos pormenores al duque de las juergas que hemos hecho, y quién sabe, a lo mejor lo convengo de que deje esa vida de martirio a su lado, milady —dijo él en tono de broma.

—Eso es imposible, mi estimado amigo. —La voz del duque la sobresaltó, pero lo que más la dejó desconcertada fue la manera tan efusiva con la que se saludaban; como si fueran amigos muy cercanos—. Sería incapaz de dejar una sola noche a mi preciosa Charlotte solo para irme de juerga. Esos tiempos ya pasaron. Ahora soy un hombre decente —dijo mientras tomaba a la duquesa de la cintura y le daba un suave beso en los labios.

—Más te vale, Eduard, de otra manera te tocará dormir en la habitación de los niños.

Todos comenzaron a reír, pero Sophie únicamente podía pensar que eran la pareja más extraña. Madame Rosset le había dicho que los hombres preferían que las mujeres no hablaran, pero esas mujeres parecían disfrutar retando a sus esposos. Tenían muestras de cariño que a la vista de sus pares eran impropias de los nobles.

El conde de Bremont se les unió saludándolos de manera efusiva, al parecer los tres eran

amigos de correrías, pero el duque y el conde habían encontrado, según las mismas palabras de ellos; una mujer maravillosa que los había enderezado. Lo único que Sophie admiraba era el amor con el que ellos observaban a sus esposas. Se preguntó si algún día ella tendría la suerte de tener a un hombre así a su lado.

—Ahora, si nos disculpan, bellas damas —dijo el duque mirándolas con una sonrisa—, estos caballeros tienen que irse para hablar de negocios.

Jason la miró de reojo. Aunque estaba nerviosa de estar entre esas mujeres a las que conocía de nada, suspiró para infundirse valor. Lidia estaba a su lado y permanecía callada, como una buena doncella. Eso le hizo sentir un poco de confianza.

—Los hombres y sus negocios —dijo la condesa haciendo un gruñido poco femenino. Ambas mujeres rieron mientras la miraban de manera cómplice.

—Lady Sophie, debe disculparnos si esto es molesto para usted, pero cuando estamos entre amigos nos olvidamos de las formalidades.

—No hay ningún problema, de hecho, me abruma todo lo del protocolo —dijo sonriendo tímidamente—, es un alivio contar con su apoyo.

—Ahora cuéntenos todo acerca de usted, lady Sophie. He visto que ha cautivado a nuestro Jason —comentó la condesa tomándola de un brazo para comenzar a caminar con ella en dirección a donde las demás damas de sociedad estaban disfrutando de la merienda.

—No hay mucho que contar, milady, solo soy una debutante que quiere conocer la diversión de la temporada.

—Dime Marian, querida, estás entre amigas. Pero ahora cuéntenos todo sobre ti.

Se acercaron a una manta que estaba situada debajo de un árbol donde había bastantes bocadillos alrededor, Sophie se acercó para tomar un panecillo de jengibre con delicadeza. Les contó solo la versión de la historia que había planeado con madame Rosset, nada fuera de lo normal, simplemente que era una nueva heredera que estaba en busca de un marido. Obviamente dijo que tenía una buena dote, aunque eso era mentira. Pero era parte del plan. Si quería pasar como cualquier debutante, tenía que fingir ser una de sus pares.

—Lady Sophie, cuéntenos de sus padres —dijo lady Marian llamando su atención mientras veían a las demás jóvenes asistentes jugar a la gallina ciega.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeña y mi custodia está a cargo de mi tía Florencia. Solo estamos ella y yo.

—Una pena, pero dime —dijo la condesa mientras entrelazaba su brazo para comenzar a caminar por los verdes pastos de su jardín —, te puedo tutear, ¿verdad? ¿Has encontrado algún candidato para desposarte?

—No, aún no, pero la temporada apenas comienza, quizás en cuanto empiece a asistir a algún baile. Y por supuesto que puede tutearme.

—Eso no lo dudes, querida, te aseguro que mañana te lloverán las invitaciones. Has logrado causar una buena impresión.

Estaba a punto de contestarle, cuando Jason les interrumpió su caminar.

—Bellas damas, ¿me permitirían dar un paseo con lady Sophie? Si es que ya terminaron de charlar sobre cosas de mujeres, claro.

—Jason, eres un descarado —dijo Marian sonriendo amablemente—, puedes llevártela, pero ten cuidado con pasarte de listo. A menos que quieres comprometer a milady dejando de lado esa soltería a la que tanto de aferras.

—Nada más lejos de la realidad, nunca dejaré mis privilegios de soltero. Ahora, si nos permite...

Sophie enlazó su brazo con el de él, ahí estaba de nuevo ese sentimiento que la estremeció. Era como si un frío le recorriera por todo el cuerpo. Parecía mentira que un simple roce provocara todo eso en ella. Echó un vistazo y se dio cuenta de que Lidia la seguía a una distancia prudente, odiaba que ella tuviera que fingir que era su doncella.

—¿Hasta dónde piensa llegar con esta farsa, milady? Estoy realmente intrigado.

—Ya le he dicho que no es ninguna farsa, solo estoy en busca de un esposo, como cualquiera de las debutantes.

Llegaron a un lugar algo apartado, donde unos arbustos los cubrían. Jason la tomó del brazo para girarla, acercándola a su cuerpo de manera peligrosa.

—Escúcheme bien, milady. No les haga daño a las esposas de mis amigos, porque no respondo. Ellos son toda la familia que conozco y no dejaré que alguien los lastime. Desconozco cuál es su plan retorcido, pero de una vez le advierto: como ellos sufran por su culpa, no quedará ningún rincón en Inglaterra donde pueda esconderse.

—No es lo que usted piensa... —Ni siquiera la dejó terminar, los labios de él estaban sobre los de ella. Sophie por un momento no supo cómo reaccionar, nada la había preparado para eso, quiso apartarlo, pero él la acercó más a su cuerpo. La sensación era tan maravillosa que cerró los ojos disfrutando de la calidez de su boca.

Había sido un instante tan pequeño... pero para Sophie pareció una eternidad. En cuanto se separaron, un frío suplantó la calidez en la que estaba envuelta. Abrió los ojos solo para ver que él sonreía con suficiencia. Sin decir palabra se alejó de ella, caminando a donde se encontraban los asistentes de la merienda. Sentía que las piernas no le respondían, un revoloteo comenzó a invadir su estómago. ¡¡La había besado!!

Giró el rostro para ver si nadie había notado el descarado que tenía ese hombre. Estaba claro que no le importaba nada si se resentía su reputación. Sophie tenía las mejillas sonrosadas y los labios irritados. Se llevó la mano a los labios mirando sin realmente ver al horizonte. Lidia se puso su lado, y ella gimió interiormente porque era lógico que había escuchado todo.

—Creo que estamos en problemas, Sophie. —Su amiga se retorció las manos de manera nerviosa.

—Únicamente debemos de ceñirnos al plan, Lidia. Esto no puede suponer un gran trabajo, debo conseguir mi objetivo. —Se giró para que su amiga la mirara de frente—. Escúchame, si no te

sientes capaz de seguir en esto, no tienes por qué verte inmiscuida en mis errores, sabes que jamás me perdonaría que algo te sucediera por mi culpa. Madame Rosset te acogerá porque tú no has tenido nada que ver en este asunto.

—Sabes que te acompañare en este plan, aunque las dos terminemos destrozadas. Eres mi hermana y nada me separará de ti.

—Entonces, Lidia, prosigamos con este plan, debemos comenzar con este desquite, hacer sufrir a Jason es la mejor manera de vengarme de quien me arrebató todo en la vida.

Capítulo 8

La merienda fue muy agradable. En cuanto la condesa se despidió de los anfitriones, Sophie también lo hizo. El carruaje del marqués ya estaba esperándolas, y se subieron con ayuda de Jason; no se dirigieron la palabra en lo que fue el trayecto a la casa de la hermana de madame Rosset, aunque Jason sí que la miraba con aire de suficiencia. En cuanto el carruaje se detuvo frente a la casa, Lidia bajó apresurándose para ayudarla, y cuando ella se disponía a salir, Jason la retuvo para atraerla junto a él. Si alguien le hubiera dicho que la volvería a besar, ella se habría reído por la ocurrencia.

Él la sujetaba de tal manera que era imposible soltarse de su agarre, y Sophie estaba disfrutando tanto de esa suave caricia que no fue capaz de alejarse. La soltó de pronto haciéndola a un lado para bajar con presteza del carruaje, le ofreció la mano esperando que ella se la tomara para bajar. El pánico la comenzó a invadir, ese hombre la dejaba confundida en todos los sentidos. Si no estaba prevenida, estaba segura de que haría con ella lo que quisiera.

Bajó del carruaje sin decirle nada, y comenzó a caminar sin mirar atrás, por ese día había tenido demasiadas emociones como para aumentar otra. Madame Rosset se pasó por la noche a visitarla, para que le contara todas las novedades.

—Niña, ¿me estás diciendo que ese granuja te ha besado y tú no has puesto ninguna resistencia?

Sophie y Lidia tenían una cara de arrepentimiento que no podían con ella, estaba claro que a Madame no le hacía ninguna gracia.

—Debes tener mucho cuidado Sophie, si ese hombre mancilla tu honor antes de que llevemos a cabo nuestro plan, estarás perdida. Las mujeres únicamente tenemos nuestra virtud, si alguien nos la arrebatara, entonces no somos nadie, niña. Así que por muy bien que bese, debes resistirte un poco.

Ambas asintieron como si estuvieran tomando clases con la madre superiora del orfanato. Esa noche Sophie no pudo dormir, cada vez que recordaba los labios de él sobre los suyos, algo en su interior se removía y un fuego latente la comenzaba a invadir. Cuando estuviera frente a ese hombre trataría de pensar en que era el hijo de la persona que le destrozó la vida. La condesa definitivamente no se había equivocado, a la mañana siguiente tenía en la bandeja de la recepción más de veinte invitaciones, no conocía a nadie y se extrañó de que la invitaran. Como no sabía a cuál asistir, envió a Lidia a buscar a madame Rosset para que ella le dijera quién le

convenía más.

Cuando vio cuál había elegido no se extrañó, al parecer el baile se llevaría a cabo en donde vivía la lady Rochester, la duquesa viuda de Norfolk. Lidia le había contado todo lo que madame Rosset le dijo, al parecer la duquesa viuda era una mujer excéntrica que no le temía nada a las malas lenguas. Vivía la vida viajando en compañía de su amiga, lady Graham, hija de un barón venido a menos que había perdido todo su dinero en las apuestas en el club de caballeros. Así que vivía de la caridad de la duquesa viuda. Desayunó lo poco que le permitieron los nervios en su estómago, por su mente pasaron una y otra vez los besos robados de Jason. No tenía la menor idea de a qué estaba jugando ese hombre, pero sentía mucha intriga por él. Era pensar en su risa, en su manera de mirarla y de retarla cuando se le venía a la cabeza que estaba tramando algún plan maléfico. La asombró la manera en que defendía a sus amigos y sus esposas, y el cariño que se veía claramente que se profesaban; pero lo que más le maravilló era la forma en la que su cuerpo respondía a su cercanía. Si no tenía cuidado terminaría poniendo en juego su corazón por un hombre que no valía la pena y que estaba marcado por la injusticia y la sangre derramada de sus padres.

Después de desayunar algo, se puso un vestido de paseo, madame Rosset le había dicho que tenía que dejarse ver por los sitios más concurridos como cualquier chica casadera. Suspiró pensando en que si alguien descubriera la verdad, sería su perdición.

Estaban caminando por Hyde Park cuando alguien les alcanzó el paso deteniendo su caballo para llevarlo a trote. Sophie detuvo su marcha para ver quién era tan descarado como para detenerse sin que antes los hubieran presentado. Su corazón dio un brinco cuando se advirtió que era Jason vestido impresionante con su guardapolvo y sombrero de copa. Estaba demasiado guapo para su paz mental.

—Milady —dijo con un falso asentimiento de cabeza, como burlándose de ella. Ese hombre solo había llegado a su vida para burlarse de ella.

—Milord —dijo, y continuó caminando mientras se cubría con su sombrilla. Lidia la seguía unos pasos más atrás. Si ese hombre pensaba que la iba a atormentar en todos lados es que no era tan listo como pensaba.

—La veo muy presurosa, ¿es que acaso ya encontró a un incauto que le proponga matrimonio?

Sophie no quería caer en su provocación porque estaba segura de que si la hacía enojar, con gusto le diría algunas palabras que había aprendido en el puerto mientras John le enseñaba a defenderse.

—Vaya, veo que ahora milady me ignorará en todo lo que resta del paseo. —Jason se bajó del caballo para posicionarse a su lado. Mientras Sophie de lo único que tenía ganas era de salir corriendo de ahí.

—No debería acercarse, milord, ¿o es que quiere que piensen que me está cortejando? —dijo con una falsa sonrisa.

—Lo que la gente piense me tiene sin cuidado, quien me conoce sabe que jamás prestaría mis

atenciones a las mujeres falsas.

Esas palabras cayeron como una losa pesada sobre su espalda. Era consciente de que él pensaba que era una impostora porque había utilizado un título que no le correspondía, pero hasta ese día nadie se había dado cuenta, así que ella seguiría con su plan tal cual lo habían trazado.

Sin decir nada más, caminó sin importarle que alguien los observara y se diera cuenta de que le hacía un desaire, pero es que ese granuja no se merecía menos que eso. Únicamente la buscaba para alterarla y decirle cosas desagradables. Lidia apresuró el paso para alcanzarla. Después de dar un último vistazo para ver como Jason se había quedado parado al lado de su caballo, Sophie siguió su camino como si el mismo diablo la estuviera persiguiendo, y tal vez era así como tenía que comenzar a ver a ese hombre: como si fuera un auténtico demonio.

La tarde pasó de manera frenética. Aún le costaba mucho el tener que llevar encima varias capas de ropa, eso por no hablar del corsé de varillas que utilizaba para que su cintura se viera más pequeña y sus caderas se estilizaran dándole más volumen. El vaporoso vestido en tono rosa con incrustaciones de cristal era digno de una princesa. Para ese evento habían decidido que le harían un recogido en el cabello, para que su cuello luciera estilizado, algo totalmente atrevido, pero se suponía que necesitaba llamar la atención de cierto caballero. Un carruaje de alquiler las esperaba para llevarlas al baile, algo en su interior le decía que mejor se quedara en casa, era como si un presentimiento de algo malo le fuera a suceder.

La *casa*, por así decirlo, de lady Rochester era enorme, estaba comenzando a pensar que esas personas tenían mucho dinero e influencias. Descendió del carruaje con ayuda de un lacayo, aunque muy en el fondo se esperaba que Jason pasara por ella para acompañarla al baile, eso no sucedió. Lidia se había dado cuenta de su decepción y la reprendió por la tarde al darse cuenta de que una tristeza se había instalado en sus ojos. Y aunque por todos los medios trató de negarlo, la verdad es que solo se estaba engañando a sí misma. La condesa de Bremond ya estaba en la entrada del salón de baile y en cuanto se dio cuenta de su presencia, se acercó para saludarla como si de una íntima amiga se tratara.

—Querida lady Sophie, qué gusto verla de nuevo —dijo sonriendo. Sophie hizo una leve reverencia, mientras sonreía de manera encantadora—. Ven, entremos juntas. Así te presento a la duquesa viuda, te aseguro que es una persona muy agradable.

Cuando le presentaron a la mujer, nunca se imaginó que la palabra excéntrica estuviera tan arraigada en su persona. El vestido en color verde limón con olanes en tono dorado lograba que todas las miradas estuvieran sobre ella, llevaba un recogido que utilizaría una debutante y de adorno tenía un plumaje con piedras preciosas.

—Un placer, su excelencia —dijo Sophie tratando de no trastabillar en el intento de hacer una reverencia—. Me han hablado mucho de usted.

Lady Esther Rochester soltó una carcajada impropia de una duquesa. Y aunque su rostro sonreía, en su mirada vio que no era sincera del todo.

—No es necesaria tanta formalidad, niña. He visto tantas reverencias esta noche que, la verdad,

estoy aburrida. Pasemos al salón para ver qué tan animado está el ambiente. Me han dicho que lord Richardson está en busca de una debutante adinerada. Pero al parecer, su caso es desesperante. Así que vayamos en su búsqueda antes de que comprometa a una pobre chica.

Sophie, sin saber por qué, buscaba con la mirada algo que no llegaba a comprender, o tal vez no era tan sincera con ella misma, porque si ese fuera el caso, estaría confesando que buscaba de manera cautelosa la presencia de Jason.

—Y dígame, lady Sophie, ¿por qué no la ha acompañado esa tía con la que vive?

—Oh, es que en lo que nos trasladamos aquí, ha cogido un resfriado que la ha mantenido en cama, pero me ha prometido que para que no sea mal visto que yo ande sola, ha llamado a una amiga suya a que me acompañara.

—Pero eso no era necesario, lady Sophie —dijo Lady Marian—, ¿te puedo llamar Sophie? Todo esto de los títulos me marea a veces, aunque no se lo digas a mi esposo porque es capaz de hacer que practique todo el día clases de protocolo y buenos modales.

—No tengo ningún inconveniente, condesa.

—Entonces que sea en ambas direcciones, puedes llamarme Marian. Y he dicho que yo te tomaré bajo mi tutela hasta que encuentres un hombre perfecto para que sea tu esposo. ¡¡Oh querida!! Mira quién acaba de llegar: ¡Jason!

Capítulo 9

Las manos comenzaron a sudarle y su corazón latía de manera frenética con la sola mención de su nombre. Sintió su presencia antes de que siquiera llegara hasta el lugar donde ellas estaban. Sophie mantuvo la mirada apartada del lugar donde él venía, aún recordaba su mirada cuando se habían encontrado en el parque. La había llamado falsa y no tenía falta de razón.

El aroma embriagador de su loción inundó el espacio en el que se encontraban.

—Buenas noches, hermosas damas. Un placer encontrarme entre ustedes, espero me concedan un baile.

—Jason, deja de ser tan zalamero.

—De ninguna manera, lady Rochester, si soy así es porque usted no ha accedido a contraer nupcias conmigo. —La duquesa viuda sonrió encantada con las atenciones de ese hombre mientras él tomaba la mano de cada una para depositar un cálido beso. Cuando fue el turno de Sophie, sintió un estremecimiento cuando la miró a los ojos de manera burlona.

—Jason, compórtate con lady Sophie y aleja tus sucias manos de ella —dijo la duquesa comenzando a abanicarse con un primoroso abanico de nácar de color azul.

—Nada más alejado de la realidad, de hecho, me acabo de lavar las manos hace unos instantes. Pero haré caso a su excelencia, voy a buscar a mi entrañable amigo para tomar una buena copa de ron. Con su permiso, damiselas.

Se fue de ahí dejándolas a las tres mirando su fuerte y ancha espalda. Suspiraron observando su manera de caminar. La condesa y la duquesa se miraron de manera confidente y soltaron a reír como si compartieran un secreto.

Sophie tenía miles de sentimientos encontrados, eso unido a la venganza que la embargaba, la hacía estar hecha un caos. Quería salir corriendo de ese lugar, pero también tenía ganas de ver sufrir a la única persona que le había arrebatado todo. La noche fue una vorágine de diversos bailes, le asombraba la facilidad con la que las debutantes y damas de sociedad se desenvolvían, era un tumulto de *glamour* y elegancia.

En ese momento estaban bailando una cuadrilla, pero ella había decidido no participar, la poca habilidad para el baile y sobre todo la falta de costumbre hicieron que los pies le dolieran. De reojo vio pasar a Jason, acompañado de una mujer hermosa de cabello dorado como los rayos del sol, ambos miraban a los lados como verificando que nadie les estuviera observando. Y en ese

momento Sophie fue consciente de que esa mujer era su amante. Un pellizco de dolor se instaló en su pecho, pero se dijo que ella no tenía por qué sentir nada por el hijo del hombre que más odiaba en la vida. Aunque eso era más fácil decirlo que hacerlo. De pronto sintió que le hacía falta el aire. Salió a los jardines de la casa para abanicarse, algunas damas no conocían la porción exacta de perfume que debían ponerse viciando así el aire. Fue un alivio que hasta ella llegara el aire puro. Caminó por un sendero que llevaba hasta un quiosco hermoso que estaba rodeado de grandes arbustos, si alguien quisiera ocultarse ese era el lugar perfecto para una escapada romántica, y aunque ese no era su propósito, necesitaba un lugar solitario para poner en cauce sus pensamientos.

Caminó alrededor para encontrar el lugar donde estaba la entrada, cuando escuchó unas risas compartidas, estuvo a punto de regresar sobre sus pasos, pero la voz melosa que susurraba llamó su atención, no solo por la sensualidad con la que decía las palabras sino por el nombre que pronunciaba.

—¡Jason, no pares! —escuchó que decía de manera jadeante. Como una tonta se quedó parada ahí mirando la escena, no sabía ni cómo había adelantado sus pasos, pero ahí estaba; parada en la entrada del quiosco mirando como Jason estaba sentado en un vaquillo y sobre él estaba sentada la rubia mujer sobre sus piernas.

Tenía que alejarse del lugar, pero era imposible, la mujer besaba el cuello de él, mientras reía como si se tratara de una travesura muy divertida, y tal vez lo fuera. Tan absorta estaba en lo que estaba presenciando que no se dio cuenta del sonido de unos pasos que se acercaban.

—¡Mi esposo! —escuchó que decía la mujer mientras se levantaba y buscaba el lugar más alejado detrás de unos arbustos. Jason volvió la vista a donde ella estaba y se sorprendió de que estuviera ahí. Todo pasó como si el tiempo se hubiese ralentizado. De pronto, Jason la había tomado de los hombros para internarla dentro del quiosco y, sujetándola de manera fuerte por la cintura, comenzó a besarla mientras ella se retorció entre sus brazos.

La imagen de la mujer mientras besaba el cuello de él no se le iba de la mente, así que no estaba dispuesta a recibir ninguna atención más de ese hombre. Era un canalla. Dejó de insistir en el forcejeo cuando sus cálidos labios tomaron posesión de su boca. Solo fue consciente de lo que sucedía a su alrededor por el grito de horror de la duquesa viuda... Detrás de ella estaba el que debía de ser el esposo de la mujer con la que estaba Jason. La muy descarada seguía escondida detrás de los arbustos, o a lo mejor había encontrado la manera de salir por detrás de ellos, no lo sabía, lo único certero era que todos la miraban como si hubiera cometido el peor pecado del mundo.

—Milord, espero que repare el daño causado al honor de milady. Supongo que eso será suficiente para que deje de estar detrás de las mujeres casadas —dijo el hombre que acompañaba a la duquesa, para después dar media vuelta y salir de ahí. Era lógico que esperara encontrar a su esposa con Jason. Y por la mirada de odio que le dedicó, sabía exactamente de los deslices de su esposa.

La duquesa viuda la miró con pena y Sophie despertó de ese letargo que la estaba oprimiendo.

—Jason, por la memoria de tu madre, espero con toda el alma que te comportes como el caballero que eres. Te espero en mi despacho para hablar sobre cómo vamos a anunciar el compromiso sin que lady Sophie se vea perjudicada, ya suficiente tiene con verse envuelta en este escándalo. Estoy segura que tú tuviste toda la culpa.

Esas palabras cayeron como un jarro de agua fría sobre los dos, pero sobre todo la palabra *compromiso*. Ahora estaba en una situación de escarnio público, y aunque a ella le importaba muy poco que su reputación se resintiera, era consciente de que no podía dejar que nadie hablara algo de ella ni mucho menos que trataran de investigar a su familia, porque estaba segura de que se darían cuenta de era únicamente una farsante.

La duquesa se dio la vuelta y comenzó a caminar, Jason se quedó parado junto a ella y cuando estaba a punto de dar un paso frente a ella lo detuvo al instante.

—Dime que no aceptarás este compromiso —dijo sabiendo que si él decía que no aceptaría, estaría metida en un gran problema. Madame Rosset le había dicho que todo lo que habían planeado tenían que hacerlo con cautela, nadie tenía que sentir curiosidad por su familia. De otra manera ella estaría al descubierto.

—Soy un canalla, milady, ¿usted qué cree que va a pasar?

Esas palabras definitivamente no le daban nada de confianza, rogaba para que la duquesa lo hiciera entrar en razón, solo necesitaba dar un golpe certero para sus planes, y ese no era otro más que casarse con el hijo del hombre que llevaba años odiando, y su venganza no era otra más que despojarlo de todo lo que tenía. Y esa sería un plan perfecto.

En cuanto se quedó sola, esperó un tiempo prudente para salir del quiosco y, como siempre, ahí estaba Lidia para apoyarla.

—Creo que ha llegado el momento de avanzar un paso más en tus planes —dijo su amiga mirándola con una sonrisa en los labios, aunque ahora a ella no le causaba ninguna alegría esa noticia.

—En este momento me estoy muriendo de miedo, Lidia. Si mi venganza no sale como esperamos, el camino que me espera será de puro dolor.

Capítulo 10

La duquesa los miraba como si fueran dos niños a los que había pillado cometiendo una travesura, mientras ella estaba sentada frente a su escritorio. Jason no parecía para nada preocupado, de hecho, sonreía con suficiencia, como muy seguro de escapar de ese compromiso. Sophie puso cara de arrepentimiento, en ese momento estaba a punto de dar un paso más para alcanzar su objetivo.

—Excelencia, creo que ya no soy un niño al que pueda jalar de las orejas para que actúe de manera correcta. Así que, como puede comprender, no hay nada que me obligue a un compromiso que no quiero.

—Jason... —dijo la duquesa en tono amenazante, ahora ya no se le veía tan encantadora, es más, estaba segura de cualquier hombre se doblegaría ante una palabra de ella, pero Jason parecía que disfrutaba al retarla.

—No hay nada que me obligue, fue un simple beso robado, no he mancillado su virtud.

Esas palabras pusieron colérica a la duquesa, que en ese momento estaba roja de furia.

—Escúchame bien, Jason, no me hagas tener que enviar una misiva a la reina para que te obligue a este matrimonio y, sabes que lo haré con gusto si no te comportas como un caballero. Pero sobre todo no ensucies el buen nombre de tu madre. Estoy segura que ella no aprobaría esta vida tan disoluta que llevas.

Por un instante él pareció pensárselo, como si quisiera seguir renegando de ese compromiso, compromiso en el cual no estarían envueltos si él no fuera un granuja que se metía con mujeres casadas. Sophie no era tonta, dejaría que las cosas siguieran su cauce; aunque eso no estaba trazado en el plan que había diseñado, el resultado sería el mismo, pero de manera apresurada.

—No importa la manera en la que me presione, excelencia, porque no pienso sucumbir a ese martirio.

—Atente a las consecuencias, Jason, en tres meses contraerás matrimonio con lady Sophie, no me importa si te gusta la idea o no. Tú te hiciste la cama y ahora tú dormirás en ella. Ahora debes comportarte como si fueras el hijo de mi mejor amiga y vas a salir a dar la cara.

Jason se quedó mirando fijamente a la duquesa como retándola con la mirada, todo era muy confuso porque si no quería verse envuelto en ese escándalo, entonces ¿por qué se veía a hurtadillas con esa mujer casada?

—Lo siento mucho, excelencia, pero antes prefiero batirme en duelo y dejar que me pegue un tiro lord Williams por seducir a su esposa a casarme con esa mujer.

Sin más salió del despacho dejándolas a las dos ahí en la incertidumbre. Se suponía que él tenía que aceptar, la duquesa viuda tenía tanta autoridad sobre él como para evitar que la dejara en el escarnio público. El único sonido que se escuchó fue el retumbar de la puerta al azotarse. Sus manos comenzaron a temblar de manera compulsiva, tal parecía que toda la adrenalina que la estaba sosteniendo en ese momento comenzaba a abandonarla.

—No debe preocuparse, lady Sophie, le aseguro que Jason es un hombre cabal y un caballero en toda la extensión de la palabra. No debe preocuparse porque su reputación no quedará dañada. Ahora mismo correremos la voz de su compromiso y mañana a primera hora saldrá publicado en el periódico.

—Si me permite, lady Esther, no creo que sea buena idea obligar al marqués a esta unión. Está claro que para él solo fue un atrevimiento de su parte, supongo que será su manera de comportarse.

—Puede ser, pero no en mi casa. Él sabía a lo que se arriesgaba. Así que ahora se atenderá a las consecuencias. Y espero que sepa ser lo suficientemente astuta para enamorarlo, de otra manera este matrimonio para usted también será un infierno.

Lo que siguió después pasó como una estela de luz: la duquesa salió al salón de baile y, deteniendo la música, anunció ante todos los presentes el compromiso como si fuera una travesura de enamorados. Todos los asistentes aplaudieron a la nueva pareja, pero al buscar a Jason no lo encontraron por ningún lado. Algo poco ortodoxo, pero quienes conocían a la duquesa pensaron que era una de sus extravagancias.

Madame Rosset estaba muy emocionada, todo estaba saliendo mejor de lo que lo habían planeado, así que enseguida de darles la noticia, se pusieron en marcha para organizar todo el vestuario.

—Creo que nos estamos apresurando, Jason es muy capaz de dejarme en ridículo ante toda la sociedad.

Por su mente aún rondaba la imagen de la noche anterior, su mirada antes de salir del despacho era para dejarla consternada, tal parecía que de verdad la odiaba. Y eso no podía ser, tenía que ser en dirección contraria; tenía que ser ella la que lo odiara con todas sus fuerzas, sin embargo, cada que lo tenía cerca, su corazón saltaba como si bailara de alegría.

—Estoy segura que la duquesa se encargará de él, ahora solo debemos hacer unos ajustes al plan. He escuchado de muy buena fuente que el marqués anda escaso de fondos, el hecho de que piense que tienes una buena dote será nuestro punto principal para vengarte de él —dijo madame Rosset mientras comenzaba a tomarle medidas para el vestido de bodas—. ¿Se imaginan la cara que pondrá cuando descubra que no obtiene ninguna dote por casarse contigo?

A esas alturas la verdad es que la venganza era en lo último que pensaba, la duquesa la había interrogado acerca de su tía, quería concertar una visita para ultimar los detalles de la boda, pero Sophie le había enviado una nota donde le decía que a su tía le habían recomendado un médico

muy bueno en Bath y, al parecer, le habían hablado de unas aguas maravillosas que la ayudarían a sanar, por lo que su inventada tía no había dudado en salir para ese lugar. De esa manera evitarían preguntas incómodas, también les dijo que la amiga de su tía estaba a punto de llegar, por lo tanto, ella se encargaría de todos los asuntos. Fue una suerte que la duquesa se ofreciera a realizar los preparativos de la boda, junto con la ayuda de la condesa de Bremont, que estaba disgustada por la actitud de Jason, pero al igual que todos, había llegado a la conclusión de que solo era una rabieta muy característica de él.

Ellas estaban muy seguras que en cuanto lo pensara con la cabeza fría, aceptaría el matrimonio. Pero lo que a Sophie más le mortificaba eran las consecuencias de no tener una dote. Sobre todo, teniendo en cuenta que si el rumor de que Jason necesitaba dinero era cierto, este se llevaría un gran disgusto.

Sophie suspiró mirando por la ventana que daba a la calle. Los carruajes pasean por la calzada, estando tan cerca de Hyde Park era normal ver los coches y calesas subir y bajar. Esa hora era la más indicada para dar un paseo. Pero su flamante y obligado prometido no había dado la cara aún.

Una gota retumbó en el cristal de la ventana y ella siguió su camino con el dedo. Apretó los labios de disgusto, entonces comenzaría a llover como ya era costumbre en el frío clima de Inglaterra. Una risa cantarina llamó su atención; en una calesa una dama sonreía mientras se ajustaba el sombrero, era obvio que su acompañante se lo había quitado mientras seguro se robaban unos cuantos besos. El caballero que la acompañaba era de lo más atento, ajustando las lazadas del fino sombrero, para después acariciar su mejilla. Cuando el hombre se volteó, Sophie sintió que el alma se le caía a los pies. Jason estaba mirándola fijamente mientras apretaba los labios de disgusto. Era como si una daga se clavara en su pecho, por más que se decía que ese hombre era prohibido, su mente y su corazón no querían hacerle caso.

—Milady, es hora de desayunar —escuchó que le decía Lidia. Al ver que no le prestaba atención, se acercó a la ventana para ver qué era lo que la tenía tan sumida en ese estado de ánimo. Al darse cuenta de lo que sucedía apretó los labios también como desapruebo—. No debes seguir con esto, Sophie. Aún estás a tiempo de dejar todo ese odio que tienes y vivir una vida medianamente feliz. Esta venganza solo te llevará a ser desgraciada.

—Por más que trato de decirme que es un hombre al que debo odiar, mi corazón y mente se niegan. —Con Lidia sí que se podía sincerar, entre ellas nunca se ocultaban nada—. A veces siento que estoy en un abismo sin salida. Me da miedo salir herida de todo esto, pero se lo debo a mis padres.

—Solo no te enamores, Sophie, porque cuando él se entere de que no tienes dote y que no eres más que una simple doncella, te odiará para siempre, porque habrás herido su orgullo masculino.

Su mirada fue a parar de nuevo a la calzada donde ya no quedaba rastro de Jason ni de la mujer que lo acompañaba. Tenía que dejar a un lado ese miedo que sentía, únicamente tenía que llevar a cabo su venganza y salir de Londres para no volver jamás.

Desayunó lo poco que sus nervios le permitieron, y después se dio un baño que le ayudara a

recuperar las energías. Estaba confundida, pasaba del odio al miedo en cuestión de segundos para después comenzar a sentir una rabia inmensa por ver a Jason con esa mujer. Estaba segura de que si por él fuera se casaría con la primera dama que se le pasara por el frente con tal de no casarse con ella. Ese día no salió a ningún compromiso, no tenía ánimos de nada, y al siguiente día la situación no mejoró. Como se suponía que ya estaba comprometida, decidió que no asistiría a ninguna velada más por esa semana, aparte quería evitar murmuraciones, Jason no le había entregado ningún anillo de compromiso y era lógico ya que se negaba a casarse con ella. Así que para evitar el bochorno de que le preguntaran cosas que la incomodaran, decidió quedarse en casa.

La última tarde de la semana Lidia había estado muy callada, habían aprovechado para estar juntas como cuando estaban en el orfanato.

—¿Qué es lo que te preocupa, Lidia? Llevas toda la tarde sin decir nada.

Su amiga no respondió, pero tenía la mirada baja, como tratando de buscar la manera de decirle algo.

—Son ciertos los rumores que dicen de tu prometido que, al parecer, busca una dama que sea adinerada.

—¿Cómo te has enterado de eso? —dijo sintiendo que su corazón sufría al pensar que una dote sustanciosa en su caso era imposible.

—Yo misma lo he escuchado. Un caballero le ha felicitado por su anuncio de matrimonio, y este se ha echado a reír diciendo que únicamente lo hacía por la dote que le habían prometido, al parecer su padre ha malgastado toda su fortuna.

Sophie sonrió con tristeza, a veces pensaba que la vida era muy injusta, los había hecho que se conocieran en ese camino tan espinoso y que solo era guiado por la venganza, en sus locos sueños añoraba de verdad formar parte de esa nobleza, deseaba encontrar un hombre que la amara por lo que ella era y no por dinero, pero al contrario de eso; ahí estaba, envuelta en una venganza, tratando de no sucumbir al amor.

—Si eso es cierto, Lidia, entonces es un alivio, porque mi venganza comenzará cuando se entere de la verdad, esa será la venganza perfecta. Unido a una mujer que no tiene un penique y que, por si fuera poco, ni siquiera tiene sangre noble en sus venas... Espero con ansias ese momento.

Capítulo 11

La siguiente semana se presentó a una merienda el tiempo justo para evitar que hablaran de ella. Esta vez iba acompañada de lady Marian, así que nadie se atrevió a cuestionarla sobre los preparativos de su boda, y más porque sabían que también contaba con el respaldo de la duquesa viuda.

—Sophie, no quiero que te pongas nerviosa, pero Jason acaba de llegar.

Su corazón, como ya era costumbre, dio un brinco y en su estómago se instaló un revoloteo muy propio del nerviosismo. No quería verlo, no en ese instante, porque se sentía indefensa, pero el recuerdo de su madre sonriendo mientras peinaba su cabellera le hizo recordar el motivo de por qué estaba ahí.

—Veo que mi prometida esta tarde está muy hermosa. —Nunca en su vida se había estremecido con la sola pronunciación de unas palabras, pero en ese instante un escalofrió le recorrió de arriba abajo.

—Jason, ¡qué alegría verte! —exclamó lady Marian al momento en que se abanicaba—. Claro que está hermosa tu prometida. Nunca has tenido mal gusto, querido. Ha sido una sorpresa encontrarte aquí.

—¿De verdad, milady? Creo haberle comentado a cierto traidor qué invitación aceptaría, pero veo que a veces tienes a tus enemigos disfrazados de amigos.

—Oh, no es eso, de hecho, ese traidor, como sueles llamar a mi esposo, te estima mucho, pero a mí me ama, así que tengo una manera estratégica de sacarle la verdad.

—Eso es demasiada información para mí, milady. Ahora, si me permite, me gustaría tener unas palabras con mi prometida.

—No sé si eso sería correcto, Jason, ella es una debutante, estaría mal visto que se quedara a solas con su prometido. No creo que sea lo adecuado.

—Descuide, milady, le aseguro que mi prometida no es tan inocente como aparenta. Sabe cuidarse sola. Además, necesito ultimar un detalle de nuestro enlace.

A lady Marian no le quedó más que retirarse. Jason ofreció su brazo a Sophie para que lo tomara, ella, con reticencia, lo tomó y comenzó a caminar en dirección a los campos de flores que engalanaban la merienda.

—Y bien, milady, ¿ya ha dado marcha atrás a esta locura de compromiso? Espero que haya

logrado convencer a la duquesa viuda de que es una locura.

Sophie sintió que la furia comenzaba a recorrerla, él era el que la había metido en ese embrollo y ahora quería que ella fuera la que rompiera el compromiso, pues se iba a llevar una sorpresa.

—No creo que sea una locura cuando fue usted el que me metió en este problema, soy yo la más afectada. Mi reputación está en juego.

—Su reputación está en juego desde que suplantó una identidad que no le corresponde.

—Sabe que eso no es cierto y no tiene con qué comprobarlo. Así que deje de tomar esa excusa para librarse de las consecuencias de sus actos. Fue usted el que me besó frente a ese hombre mientras su amante estaba oculta detrás de los matorrales como la furcia que es. Ahora no me venga con que yo tengo que solucionar esto, porque el único culpable es usted. Así que si tiene las suficientes agallas dígame a la duquesa que no se casará conmigo.

Él la miró como si no la conociera, y es lo que pasaba, pues no la conocía de nada.

—Tú lo has decidido, preciosa. —Dejándola con la boca abierta sacó de su chaqueta una cajita de terciopelo, dentro de esta el anillo más impresionante que ella hubiera visto estaba frente a sus ojos, una esmeralda rodeada de pequeños diamantes brillaba con luz propia—. Si aceptas este anillo, estarás firmando tu propio infierno. Quiero que quede claro que solo aceptaré ser tu esposo por el dinero de la dote que pueda obtener de este enlace. Pero entre nosotros nunca, escúchalo bien, querida, nunca existirá ningún vínculo. En cuanto me des un heredero puedes hacer de tu vida lo que te venga en gana. Y si desapareces de mi vida para siempre por mí perfecto.

Sophie pensó que su corazón no podía sufrir más, pero era lógico que estaba equivocada. Porque ahí estaba ese hombre que le alteraba la sangre diciéndole que nunca la amaría. Pero las cartas ya estaban sobre la mesa, ella también tenía un motivo oculto para esa unión. Así que, sin pensarlo mucho, tomó el anillo entre sus dedos y se lo colocó, sellando de esa forma su propio infierno.

La condesa la felicitó en cuanto vio la joya en su mano, lo único malo es que nada la prepararía para lo que le deparaba el destino. La duquesa viuda había puesto la fecha de su boda y, mientras más se acercaba, más nerviosa se ponía, era como si de repente estuviera dando vueltas sin encontrarle sentido a su vida. Cuando querían saber acerca de su tía o la amiga que tenía que llegar para ayudarla, les decía que no se preocuparan, que su tía era una viajera empedernida y seguro que llegaría para el día de la boda, la duquesa viuda, que era una excéntrica, la comprendía muy bien. Así que de esa manera logró llegar hasta un día antes de su boda. Jason la iba a visitar lo mínimo que marcaba la norma para un compromiso, y cada que hablaba, solo era para confirmarle su desprecio hacia ella.

Solo una vez había mencionado la dote y le dijo que en cuanto su tía llegara del viaje ella le diría los pormenores de esta. La noche antes de la boda, estaba tan nerviosa que no podía dormir, su mente era un vaivén de pensamientos. Pensaba en todo lo que podía pasar. Sabía que Jason le odiaría para siempre, y le dolía en el alma que la vida a su lado comenzara de esa forma, pero ya no había regreso.

A la mañana siguiente se despertó en cuanto salieron los primeros rayos de sol, todo pasó rápidamente. Lidia y madame Rosset la ayudaron a ponerse su vestido de novia y a peinarse con un recogido que la hacía lucir muy hermosa. Aunque su rostro mostraba a una mujer bella, ella, por dentro, sentía que estaba muriendo en vida, tenía ganas de llorar, de gritarle al mundo su dolor, de detener esa tragedia que era su vida. Cerró los ojos implorando que algo detuviera esa boda, algo que estuviera fuera de sus manos, porque ella no lo haría, se lo debía a sus padres. Las miradas irónicas de Jason llegaron a su mente, cada frase en la que le decía que su matrimonio se debía únicamente al futuro apoyo económico que recibiría por cargar con ella para toda la vida, le lastimaban el alma.

Con las manos temblorosas buscó en medio de un cajón de su secreter el pequeño bolsillo de tela que la madre superiora le había dado en el último día que estuvo en el orfanato. Los pendientes de su madre estaban ahí, sabía que en cuanto el duque Remington los viera, lo más probable sería que los reconociera.

Jason jamás quiso que su padre y ella se conocieran, al parecer no tenían la mejor relación, así que no fue a presentarla como cualquier caballero haría. Y Sophie casi lo agradecía porque no soportaría estar frente a ese indeseable hombre.

Así que ahí estaba esperando a que la condesa de Bremont fuera a buscarla para salir con rumbo a la iglesia donde se llevaría a cabo su enlace. La iglesia estaba majestuosa, si de verdad perteneciera a la alta sociedad londinense, estaría encantada de hacer su sueño realidad casándose en ese templo tan hermoso. El conde de Bremont la llevaría hasta el altar, al parecer estaban haciendo una concesión al ver que su tía no llegaba, algunos lores no recibían la dote el día de la boda, sino que dejaban pasar unos días o hasta después de la luna de miel. En este caso, Sophie había pedido a Jason que hablara con su tía el día de la boda. Pero obviamente su imaginaria tía no aparecería.

—Es nuestro turno —escuchó que le decía el conde, tan sumida estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que los músicos comenzaban a tocar las notas que daban la introducción a su boda, o más bien las notas que le daban la bienvenida a su propio infierno.

Las palabras del cura que los consagraría como marido y mujer pesaban sobre ella como una losa pesada, se tenían que amar hasta que la muerte los separara, jurándose fidelidad, confianza y muchas cosas más que ella no estaba segura de cumplir. Sus miradas se entrelazaron y Jason la miró con una frialdad que la hizo estremecer. En ese momento fue consciente del gran error que estaba cometiendo. Pero aun así dijo: «Sí, acepto».

Los presentes aplaudieron cuando el cura dijo que los declaraba marido y mujer, Jason la tomó entre sus brazos y de manera muy cariñosa la besó con ternura. Pero Sophie vio en sus ojos el desprecio que sentía para con ella. Después del beso, la tomó de la mano mientras sonreía a los presentes. Caminaron por el pasillo que los llevaba a las afueras de la iglesia y subieron al carruaje.

El trayecto que los separaba de la casa de la duquesa viuda, donde sería la recepción, no era

muy largo, pero a Sophie se le antojaba eterno, sobre todo porque su ahora esposo no la miraba ni le dirigía la palabra. Cuando cruzaron el umbral de la recepción, la situación no mejoró, pero Sophie trató de disimular su disgusto. La comida estaba deliciosa y la compañía era insuperable, pero apenas habían partido una tarta de bodas que había encargado la duquesa viuda para la ocasión cuando Jason le dijo de manera discreta que tenían que irse.

El duque de Remington la miraba en la lejanía, y momentos antes lo había visto discutir con Jason. Salieron rumbo al viaje de bodas, pero Sophie desconocía a dónde irían. Por suerte dejaron que Lidia fuera con ella, ya que era su doncella, Madame Rosset le había dado instrucciones precisas de lo que tenía que hacer, pero ella sentía que el estómago se le saldría por la boca. Ahora estaban los dos solos en el carruaje, porque Lidia viajaba con el ballet de Jason.

—Y bien, querida —el tono de voz de su esposo le hizo saber que había bebido demasiado—, ¿hasta cuándo vas a mantener esta farsa? ¿Cuando llegará la escurridiza de tu tía para que hablemos de la dote por este matrimonio?

Era un escándalo que un caballero hablara de dinero frente a una dama, pero su marido no podía dejar de preguntar por lo único que le interesaba, que era la dote.

—Te he dicho que mi tía se encargará de todo.

—Lo raro es que a tu tía jamás la hemos conocido, y ¿sabes que es lo más impresionante? Que mi padre me ha dicho que he caído como un idiota en una venganza absurda.

La mención de su padre hizo que Sophie recordara todo el daño sufrido en el pasado. Y se lo hizo saber con la mirada.

—No entiendo de qué estás hablando.

—¿Estás segura de que no entiendes? —dijo su esposo de manera felina, mientras se acercaba a su lugar acorralándola contra el asiento—. Porque sé de buena fuente que la que te ha ayudado a orquestar esta venganza ha sido madame Rosset; ¿y sabes por qué? Está claro que aún no me perdona el hecho de que solo la utilizara para pura satisfacción. ¿Pero tú, Sophie, qué es lo que te ha llevado a esta venganza tan absurda?

Su respiración se agitó, Jason parecía un felino a punto de atacar, su mirada amenazante era como para que ella saliera corriendo, pero lamentablemente no tenía escapatoria. Se dijo que no permitiría que ese hombre le hiciera sentir miedo, porque si alguien ahí era víctima de toda esa situación esa era ella.

—Entonces, si estás seguro de que es una venganza, debes de saber también que dicha dote por este matrimonio no existe. Así que todo tu esfuerzo fue en vano, porque no recibirás ni un penique por esta unión.

Si antes él rezumaba furia por todos sus poros, ahora estaba colérico. El daño ya estaba hecho, era una suerte que nadie la descubriera antes del enlace, pero ahora su matrimonio era una realidad.

—En estos momentos me estoy pensando en llevarte frente a la corte real para que ellos dispongan de ti. No creo que sean indulgentes contigo, sobre todo porque no eres más que una

impostora.

—No te atreverías —dijo intentando que su voz no sonara para nada afectada, pero la realidad es que se estaba muriendo de miedo.

—Pruébame y verás de lo que soy capaz, preciosa. —Mientras decía eso, recorría su cuello con las manos, su toque le quemaba la piel por donde pasaba, era algo tan ilógico... porque en vez de estar asustada, sentía que una extraña sensación se apoderaba de ella.

—No lo harás, porque entonces tu padre tendrá que dar muchas respuestas. Y la más importante; tendrá que responder por la muerte de mis padres. ¿Querías saber el motivo de mi venganza?! ¡¡pues ahí lo tienes!! Tu padre es un asesino, y el desgraciado me arrebató lo que más quería, que era mi familia.

—¡¡Mientes!! —gritó él. En ese instante al ver su sufrimiento, Sophie se dio cuenta de que él no tenía la culpa de nada. Se lo había dicho Lidia infinidad de veces, tratando de que entrara en razón, pero ella siempre hizo oídos sordos.

Capítulo 12

Estaban en un punto sin retorno, el dolor en los ojos de Jason le paralizó el corazón, sabía que enterarse de que su padre era un asesino no era algo que le daría gusto. Pero ella estaba tan cegada en cumplir una venganza que no se puso a pensar en el daño que le podría ocasionar a él.

Su ahora esposo la miraba como si fuera el ser más despreciable del mundo y ella lo comprendía, había hecho algo muy ruin con un hombre que era inocente. A pesar de estar furioso, la cercanía de sus cuerpos y sus respiraciones agitadas hicieron que Jason tomara posesión de sus labios en un beso con el que la quería castigar, era como si de esa manera estuviera cobrando su propia venganza. Sus labios eran como un bálsamo cálido que amortiguaba la sed que ambos sentían por destrozarse el uno al otro.

Por un instante Sophie se olvidó de todo el odio que los rodeaba, lo único que quería sentir era el placer que estaba descubriendo; aunque la había besado con anterioridad, ese beso era distinto, porque ambos estaban tratando de marcar con fuego sus caricias. Las manos de Jason comenzaron a bajar de manera peligrosa. Sophie cerró los ojos cuando sintió que sus manos fueron hasta el bajo de su vestido y comenzaron a alzarlo. Las caricias de él parecían verdaderas, como si realmente disfrutara de esa intimidad que estaban compartiendo. Sus prendas interiores desaparecieron para después dar paso a las caricias que amenazaban con hacerla perder la cordura.

Sophie sintió cuando Jason entró en su ser, no es que ella tuviera experiencia, pero madame Rosset y la duquesa viuda le habían instruido para cuando su esposo la tomara por primera vez, aunque ellas le describían la experiencia como algo placentero y que se llevaría a cabo dentro de la intimidad de la alcoba. Sin embargo la realidad era totalmente diferente, una presión dentro de sí la hizo ponerse tensa, sentía que algo se le desgarraba por dentro, abrió los ojos para ver que Jason también parecía sufrir, quiso acariciar su rostro pero él detuvo su mano antes de que llegara siquiera a rozarlo, los siguientes movimientos de él hicieron que la tensión que sentía se convirtiera en una sensación de placer, él ni siquiera la miraba pero ella se recreó en cada una de sus facciones.

El único contacto visual que tuvieron fue cuando él culminó con un estremecimiento. La sensación de decepción se apoderó al instante de ella, se suponía que su marido cuidaría de cada detalle para que ese acto tan íntimo fuera mágico, sin embargo, él únicamente había utilizado su

cuerpo para su propio placer. Se sonrojó intensamente cuando vio que se apartaba de ella y percibió la evidencia de su virtud. Ya no había marcha atrás, ahora le pertenecía para siempre. Sin querer, una lágrima rodó por su mejilla, nada la había preparado para eso, se sentía utilizada, pero sobre todo se sentía derrotada.

—Ahora no me vengas con sentimentalismos, arréglate el vestido, que ya casi llegamos — escuchó que decía él, pero Sophie en lo único que pensaba era en que su propia venganza se estaba convirtiendo en un infierno, tal como lo había predicho su esposo al aceptar ese compromiso. Se acomodó los faldones del vestido. Solo de pensar que únicamente le había levantado la falda, la hacía sentirse como las mujeres del puerto que se vendían por un penique.

Como pudo acomodó su ropa y se sentó en un rincón del carruaje, no quería que él la tocara. Se sentía sucia, era como si de repente toda la ilusión de su vida se hubiera evaporado.

—¿Ahora me ignoras? —dijo su marido con el odio impregnado en la voz—. Esto es lo que provocas, nuestra historia pudo haber sido diferente, pero preferiste escoger el peor camino.

Sophie no le respondió, sabía que todo lo que le dijera en ese instante carecería de importancia. Así que era mejor dejarlo para después, cuando ambos estuvieran más tranquilos. Únicamente se escuchaba el traqueteo del carruaje sobre las calles empedradas. Sophie, queriendo escapar de ese dolor que la estaba matando lentamente, miró por la ventanilla del carruaje. Los grandes campos le dieron un poco de tranquilidad, Jason la observaba de manera cautelosa, era como si pensara que se iba a tirar del carruaje.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero en cuanto el coche aminoró la velocidad, ella se fijó en la enorme casa de campo frente a la que se encontraba. Tan sumida estaba en sus pensamientos y desgracias que no se dio cuenta de cuál era el camino que tomaban, no esperaba que se fueran a un gran viaje de bodas, pero lo que menos se imaginaba era que la llevara a enclaustrar a su casa de campo. La sorpresa se debió de ver reflejada en su rostro porque su esposo la miró intrigante mientras ella no sabía qué decir.

—Sorpresa, querida. ¿Acaso pensabas que después de caer en semejante embustería te llevaría a un viaje de bodas? —Si las miradas mataran, Sophie estaría más fría que la nieve que caía en invierno.

—No entiendo qué quieres conseguir con esto.

—No lo entiendes, esposa —dijo con cierto tono de ironía en la voz—; eso solo significa que eres más lenta de lo que pensaba. Es obvio que pensabas que me ibas a conquistar y que te daría una vida con la que toda dama de sociedad sueña. Pues te tengo una sorpresa, querida, te ganarás cada bocado que te llesves a la boca. Porque, así como tú misma lo ha dicho, no hay ninguna dote con la cual podamos subsistir. Ya te dije, mi querida esposa, que habías firmado tu propia ruina.

En cuanto el carruaje se detuvo, Jason salió de él como si le estuviera persiguiendo el diablo. Para su sorpresa no esperó hasta que ella descendiera del carruaje, sino que fue directo a la entrada principal de la casa donde el servicio ya aguardaba la llegada de su señor. Fue un lacayo el encargado de darle la mano para que ella pudiera bajar. Desde ahí su esposo estaba dejando

claro que no tendría ninguna consideración para con ella. Estaba claro que quería dejar bien marcada su postura, tal parecía que ahora formaba parte del servicio de la casa. Caminó de manera presurosa para llegar a la entrada de la casa, el mayordomo tenía el semblante serio y la miraba casi con compasión.

—Milady, si me permite acompañarla hasta su habitación...

Si pensaba que esa había sido la parte más cruel de la venganza de su esposo, estaba muy equivocada. En cuanto se dio cuenta de que, en vez de dirigirse a las habitaciones principales, se dirigían a la zona de servicio, se detuvo en seco.

—Disculpe, ¿cuál es su nombre? —preguntó, sonrojándose. Tan abrumada estaba con todo lo que estaba sucediendo que no se dio cuenta de que el mayordomo no se había presentado y ella tampoco había estado por la labor de preguntar su nombre—. ¿Por qué nos dirigimos al área de servidumbre?

—Órdenes del señor —dijo, y continuó su camino—. Me llamo Richard, milady.

Al parecer la habitación que le habían dado era la última que estaba en el pasillo y, con seguridad, la más húmeda de la casa. Los lacayos llegaron detrás de ella dejando sus baúles en una esquina de la pequeña habitación; en cuanto Lidia llegó ante ella jadeó del asombro, estaba más que clara la humillación.

Sintiendo que las lágrimas se apoderaban de ella, se volvió sobre sus pasos para pedirle una explicación a su esposo, porque si pensaba que la iba a humillar estaba muy equivocado. Subió las escaleras principales y no le costó nada encontrar la habitación principal, era obvio que era la mejor habitación de la casa. Jason estaba terminando de ponerse la chaqueta de montar, así que supuso que saldría a recorrer sus tierras.

—¿Qué clase de humillación es esta, Jason?! Me has asignado una habitación en la zona de la servidumbre. —Él no le contestaba nada, así que Sophie no pudo contener la furia que la recorría—. ¡¡ No puedes humillarme de esta manera!!

—Y ¿por qué no? ¿Acaso no me has humillado de la misma manera? Fui tan estúpido que me casé con una mujer que no vale nada. Así que, como tal, estarás trabajando en el servicio.

—Pues para no valer nada bien que me tomaste en el carruaje.

—Esa será una de tus obligaciones, satisfacerme cuando yo quiera. Ahora retírate, no soporto tu presencia.

Como si no fuera suficiente con todo el daño que ya le habían causado, Jason le clavaba más la daga en la espalda. Nunca imaginó que su esposo fuera capaz de hacerle eso. En su imaginación pensó que él se tomaría mal la venganza de ella. Todo era tan fácil, él se casaba con ella y de esa manera se vengaría al darse cuenta de que había unido su vida con alguien que no pertenecía la nobleza inglesa. Pero nunca pensó en la magnitud de las consecuencias.

Sintiéndose más humillada que nunca, reunió el poco coraje que le quedaba y salió de la habitación dando un portazo. Nada estaba saliendo como ella esperaba. Si tuviera a madame Rosset frente a ella, la despellejaría viva. Era una maldita embustera que la había utilizado para

su venganza personal.

Lidia ya estaba acomodando las pertenencias en el pequeño ropero que estaba a un lado de una mesilla, estaba segura de que no cabría nada de lo que habían llevado. Al verla entrar hecha una furia dejó de las prendas que tenía en las manos para acercarse a ella.

—¿Qué sucede, Sophie? —dijo su amiga preocupada. Se dio cuenta que desde que habían dejado el orfanato su amiga únicamente se la había pasado con el alma en un hilo apoyándola en su estúpido plan.

—Al parecer mi esposo me ha relegado al nivel de una sirvienta —dijo permitiendo que las lágrimas que estaba reteniendo salieran sin control. Definitivamente estaba harta de estar luchando, estaba cansada de llevar a cuestas la muerte de sus padres, solo quería escapar de ese lugar. Aunque sabía que hacer eso le dejaría un sentimiento de culpabilidad con sus padres.

Le contó a Lidia lo que había sucedido en el trayecto a su nueva casa. Hubo un momento donde ella sintió que la conexión que tenían era fuerte, ella dejó que él tomara posesión de su cuerpo porque por mucho que se lo negara, ese hombre tenía la capacidad de volverla loca.

—No debes preocuparte, Sophie, si ese hombre es un pelmazo que no ve más allá de sus narices, debes demostrarle lo que vales.

—Pero le odio, Lidia, ¿no lo entiendes? —dijo mientras se secaba las lágrimas—. Lo odio con todas mis fuerzas.

—Sabes que eso no es verdad, Sophie —dijo su amiga suspirando mientras le acariciaba el cabello—, no le odias, te conozco lo suficiente como para saber que ese hombre te tenía cautivada desde el primer momento en el que posaste tu mirada sobre él. El brillo con el que me contaste que era un descarado canalla, nunca lo había visto en tus ojos. Y la mirada con la que lo observabas frente al cura definitivamente me confirmó que no lo odias, quieres odiarlo, pero no puedes y nunca podrás; porque sabes que él no es el culpable de la muerte de tus padres. Es tan inocente como tú.

Escuchar esas palabras hizo que su llanto se intensificara, porque en cierta forma Lidia tenía tanta razón... Jason había provocado en ella sensaciones que nunca había experimentado. Su sola presencia bastaba para que ella sintiera que estaba completa, su corazón saltaba de locura cuando estaba frente a él.

—No puedo sentir algo por una persona que tiene un lazo familiar con el asesino de mis padres, de hecho, le he dicho que su padre es el culpable de mi desgracia y no me creyó.

—¿Y cómo querías que lo hiciera? Sophie, está claro que para él no eres más que una embustera. Pero debes pensar en qué es lo que quieres para ti en el futuro. Si decides que quieres huir de este lugar y comenzar de nuevo, yo te voy a acompañar. Pero, si nos vamos, tiene que ser a algún lugar lejano para que tu marido no pueda encontrarnos.

—Ni siquiera estamos casados, él piensa que se ha casado con una mujer que no existe. De hecho, en nuestro primer encuentro me reclamó que el título de lady que había utilizado no me pertenecía. Todo el tiempo en el que hemos convivido me ha dejado en claro que tenía las

sospechas de que estaba mintiendo.

—Pues ese sí que es un problema. Pienso que tenía la sospecha de que lo estabas engañando, pero no tenía ni idea del motivo por el cual estabas usurpando el lugar de otra persona. Tampoco sabía que tu venganza iba dirigida a él. Creo que a él también le ganó la intriga por ti, cayendo los dos en una venganza que solo los está lastimando. Por eso debes pensar muy bien qué es lo que quieres, Sophie. No se cuál sea el plan de tu esposo, porque de algo estoy segura, y es que sabe que su matrimonio no es válido.

Sophie tampoco tenía claro qué era lo que le depararía el destino y lo único que quería hacer era salir huyendo, pero, para bien o para mal, la batalla la había ganado su corazón.

Capítulo 13

En la penumbra de la oscuridad escuchó que la puerta de su habitación se abría, no se movió porque no sabía quién era y si alguien la quería atacar debía ser cautelosa como se lo había enseñado John. Unos pasos acercándose a su cama la pusieron en tensión, pero cuando alguien levantó las sabanas que la cubrían y se metió en su cama supo inmediatamente de quién se trataba. Jason acarició su cabello mientras le susurraba en el oído:

—No digas nada, preciosa, mañana nos podremos odiar de nuevo, pero esta noche la quiero pasar a tu lado.

No hicieron falta más palabras, Jason la besó de forma apasionada, sus manos recorrieron su cuerpo por cada centímetro de su piel. Y Sophie esa noche supo lo que quería decir madame Rosset cuando le describió cómo sería tener intimidad con su esposo. Tal vez ese encuentro fue tan mágico porque a oscuras el amor brillaba con luz propia, sin odios, sin venganzas.

Al día siguiente se despertó sola en la pequeña cama de su habitación, parecía que lo que había vivido por la noche solo había sido un sueño. Y tal vez lo fue, pero el aroma de Jason por todo su cuerpo le dijo que toda había sido una realidad. Se vistió para desayunar y, como era de esperar, Richard le dijo que tenía que ir a buscar al marqués al campo para que lo ayudara a trabajar ahí. Casi se le cae el alma al suelo, no es que le tuviera miedo al trabajo, pero pensaba que por lo menos después de la noche que había compartido, él la trataría de diferente manera. Pero era obvio que se había equivocado.

Para encontrarlo tuvo que caminar por largo rato, nadie le había dicho por dónde tenía que ir, así que le preguntó a un lacayo que le dijo que tenía que cruzar toda la vereda que salía por las caballerizas. Las hermanas en el orfanato también tenían una cosecha y sabía que la tenían en campos labrados al final del terreno. Obviamente Jason no solo tenía unos metros de tierra, sino lo que parecían grandes extensiones. Caminó y caminó hasta que los pies le dolieron, casi lloró de la impotencia porque sentía que había recorrido mucho camino y no encontraba a Jason. Estaba a punto de claudicar cuando vio que un jinete se acercaba a ella a gran velocidad. Jason se detuvo a su altura y se bajó de su caballo.

—¿Qué demonios haces aquí? Se supone que tenías que haber llegado antes. ¿Y por qué vienes caminando? ¡Es qué estás loca mujer!

Los pies le dolían horrores, sus finas zapatillas estaban estropeadas. Nunca en su vida imaginó

que extrañaría tanto las viejas botas que usaba en el orfanato.

—Nadie se ofreció a traerme —dijo sollozando al sentir que sus pies ardían.

—¡Por Dios! Pudiste pedirle a un lacayo que te trajera.

—Tal vez si no me hubieras humillado relegándome a una simple sirvienta, alguien se hubiera ofrecido. Soy tu esposa.

—No lo eres —dijo Jason tomándola de malos modos para subirla a su caballo. Con presteza subió él también y se puso en marcha. Le dolía que dijera que no era su esposa después de la noche que compartieron, pero si lo pensaba con detenimiento, él tenía razón. Ahora se había convertido en una mujer de mala reputación. Se había convertido en una simple amante. Aunque ante todo Londres fuera la marquesa de Hertford.

Llegaron a las caballerizas y él la bajó de malos modos, tal vez si esperaba algo de afecto, pues estaba muy equivocada.

—Necesito que ayudes en la cocina. Al parecer carecemos de servidumbre —dijo él dejándola ahí de pie mientras entraba en la casa por la puerta que daba a la cocina. Sophie, desconcertada, fue hasta su habitación para quitarse las zapatillas y cambiárselas por unas botas más resistentes. El vestuario que había llevado definitivamente no era el adecuado para trabajar en la cocina de la casa. Así que buscó uno de los vestidos de Lidia, ella no tenía vestuario pues debía cumplir con su papel de doncella.

Nada más llegar a la cocina se dio cuenta de que era verdad que estaban escasos de servidumbre, cuando llegaron a la casa ni advirtió que no había muchos empleados, menos tomando en cuenta la magnitud del tamaño de la casa. Lidia estaba ayudando a pelar patatas y, en cuanto la vio, emitió un jadeo de asombro.

—¡Dios mío! Sophie, no puedes estar aquí. Eres la señora de la casa. —En la cocina solo estaba una señora de unos cincuenta años y una doncella joven que no pasaba los veinte años. Así que supuso que junto con Lidia serían las encargadas de ayudar en la cocina y la limpieza.

—No me importa ayudar en la casa, Lidia. De verdad. Mejor dime en qué te ayudo. —Su amiga apretó los labios disgustada pero no dijo un solo comentario. Susan o la señora Smith, como había descubierto que se llamaba, era el ama de llaves, y junto con su esposo, que para su sorpresa era Richard, trabajaban en la casa desde que tenían uso de razón. Y era por esa lealtad a la familia que no se fueron cuando empezó a escasear el dinero.

Pasó toda la tarde limpiando ollas y cacharros, en el orfanato lo hacía muy bien, así que cuando dejó todo reluciente, la señora Smith la miró complacida. La doncella se llamaba Lory y era ahijada de Susan. Aunque no le había dirigido la palabra, Sophie notó que la miraba de manera recelosa. Supuso que tenía a una enemiga en ella o, por lo menos, esperaba equivocarse.

Pasaba los días trabajando en la cocina y, aunque no le gustaba, por las tardes salía a recorrer las extensas tierras, donde ayudaba en todo lo que podía para la cosecha. A veces observada a Jason que trabajaba como un loco, había pasado un mes desde que llegaron a la casa y aún quedaba cautivada cuando lo veía trabajar bajo el resplandor del sol. Para los pertenecientes a la

nobleza, ensuciarse las manos trabajando era lo más deshonroso que podía haber; por lo regular se dedicaban únicamente a recoger las ganancias de sus arrendatarios. La primera vez que lo vio arando la tierra se sintió culpable, porque él había esperado conseguir una dote al casarse con ella y, en lugar de eso, lo único que consiguió fue cargar con ella y con Lidia. Después de la noche que compartieron en su habitación, él no la había vuelto a buscar y eso la mataba de sentimiento, porque eso suponía que no le interesaba como mujer.

Suspiró mientras se limpiaba el sudor de la frente, tenía que llevar las cestas donde estaba la comida para que los trabajadores comieran, pero el sol estaba en su mayor apogeo. Se puso la mano sobre la frente para tener una mejor visión del camino. Sentía que estaba muy cansada, pero se dijo que era porque no estaba acostumbrada a estar tanto tiempo trabajando.

Dio unos pasos, pero sintió que la cesta de la comida pesaba demasiado, su vista se comenzó a poner más borrosa, tanto que le costaba distinguir por dónde caminaba. Lo último que sintió fue como una oscuridad se apoderaba de ella y el pánico la comenzó a invadir. En la lejanía escuchaba que gritaban su nombre, pero le fue imposible abrir los ojos para decirles que estaba bien.

La siguiente vez que abrió los ojos, Lidia estaba a su lado poniéndole un paño fresco en la frente. Sophie sonrió porque se notaba que su amiga estaba preocupada.

—Me voy a morir —dijo tratando de gastarle una broma a su amiga, pero en cuanto esta se puso a llorar a lágrima viva, se arrepintió al instante—. ¿Qué sucede Lidia? Estoy bien, solo ha sido el agotamiento.

Su amiga no paraba de llorar, Sophie se trató de sentar, pero el mareo llegó hasta ella de nuevo y gimió recostándose de nuevo.

—No debes levantarte, nos has dado un buen susto, Sophie. No lográbamos que despertaras, Jason se puso como un loco cuando vio que estabas inconsciente, pensaba que te habías hecho daño. Por suerte el medico te revisó y dijo que lo único que necesitabas era descanso. En tu estado en muy peligroso que andes para arriba y para abajo trabajando.

—¿Cuál estado? Me he sentido muy bien, es solo que no estoy acostumbrada al trabajo pesado. En el orfanato no nos hacían trabajar a pleno sol, y tomábamos descansos entre las horas de oración. Pero en cuanto me acostumbre ya verás como no me volveré a desmayar.

—No puede ser que no te hayas dado cuenta de que estas en estado, Sophie. Desde que llegamos a la casa no te ha llegado el periodo. El doctor recomendó que por unos días dejes de hacer trabajos pesados.

Trató de que su mente procesara esas palabras, era como si de repente un frío le recorriera todo el cuerpo. Todo lo que estaba viviendo no le permitió darse cuenta de que Lidia tenía razón, no supo si reír o llorar, ahora traería al mundo un hijo que claramente fue concebido fuera del matrimonio, y Jason la despreciaba. Una lágrima rodó por su mejilla, porque el momento que debía de significar felicidad para una mujer, para ella no lo era.

—No llores, vamos a tener un bebé en la casa. Y será precioso. Eso hará que nuestras vidas

cobren sentido.

—Jason me desprecia, no creo que se alegre de esta noticia. Y, por si fuera poco, mi hijo será un bastardo. En cuanto Jason pueda, estoy segura de que anulará ese matrimonio que nunca existió. Y yo seré lo que he sido siempre, una mujer sin nada de valor en la vida. Una mujer que se convirtió en su amante y que para colmo, y por muy estúpido que suene, una mujer que se ha enamorado de un hombre prohibido.

Lidia iba a decir algo, pero en ese instante tocaron a la puerta. Jason entró en la habitación.

—¿Cómo te encuentras preciosa? —dijo él acercándose. Se sentó a su lado, la calidez con la que preguntaba hizo que lo observara con detenimiento. Parecía cansado. Lidia se disculpó diciendo que iría a traer algo para que comiera.

—Estoy bien, no debes preocuparte por nada, estoy segura que en cuanto descanse recuperaré las fuerzas. Seguiré ayudando en la casa —dijo para que él no pensara que ahora que sabía que estaba en estado, se iba a volver una carga.

—Por ahora solo debes pensar en descansar. Ya veremos después qué hacemos. —Le acarició la mejilla y le dio un dulce beso en los labios. Sophie sintió que le daba un vuelco el corazón. Pero, aun con todo lo que anhelaba su contacto, se apartó. Seguramente ahora, como conocía que estaba embarazada, quería acercarse a ella. Cuando antes no la miraba ni un segundo.

—No quiero ser una carga para ti. Así que debo trabajar para ayudar en todo lo que pueda —dijo sin querer sentir esa tristeza que la embargaba por que ahora se preocupara por ella—. Ahora, si me permites, necesito descansar un poco.

Capítulo 14

Los siguientes días solo se dedicaba a trabajar en la cocina, era obvio que ya todos se habían enterado de que estaba en estado y querían procurarla el mayor bienestar posible. Y aunque ya se sentía bien, no la dejaban trabajar en el campo. Lo malo era que ahora se aburría mortalmente y solo se dedicaba a ver por la ventana después de acabar sus actividades en la casa.

Esa tarde, Jason había llegado temprano, pues tenía que salir a visitar a unos vecinos para plantearles un negocio, no es que platicaran demasiado pero ahora él se acercaba a ella para preguntarle cómo estaba y compartían la cena donde le comentaba los progresos que estaban teniendo. Por el momento solo les preocupaba la proximidad de un temporal y esperaba que no les echara a perder todo por lo que habían trabajado, ya que las cosechas las regaban con agua de un río que atravesaba sus tierras, pero si llovía demasiado fuerte, corrían el riesgo de que se desbordara.

Ese día Jason no la había visitado por la mañana, así que estaba inquieta por verle. Quería preguntarle si podía llevarla hasta el pueblo más cercano para comprar algunas madejas de hilo. Susan le había dicho que la enseñaría a tejer una cobija para cuando llegara el bebé. Pensando en su hijo se acarició el vientre aún plano, era tan pequeño... pero ella daría la vida por él si fuera necesario.

Cuando llegó al dormitorio de Jason se detuvo en seco al escuchar risas en la habitación y murmullos. La voz de Lory le estremeció, era ella la que estaba en la habitación, la tristeza la comenzó a invadir, era lógico que, si no compartía cama con ella, la compartiría con otra mujer. Se giró sobre sus pasos para salir de ahí, pero la puerta se abrió, dejando ver a Lory, que salía en ese momento componiéndose su vestido. El mundo se le cayó encima.

—¡Sophie! —dijo Lory con una sorpresa mal fingida, porque en sus ojos se notaba la satisfacción—. ¿Qué haces aquí?

—Creo que no tengo que darte ninguna explicación a ti —dijo de manera cortante. El hecho de que fuera la nueva amante de Jason no le daba derecho a mandarla. Jason salió de la habitación anudándose su impecable pañuelo blanco, apretó los labios de disgusto y supo en ese instante que estaba liado con esa mujer.

Se dio la vuelta con toda la dignidad posible para bajar a la cocina, a partir de ahora ese sería su lugar en la casa. Un dolor se instaló en su pecho, al mirar por la ventana se dio cuenta de que

hasta el clima la acompañaba en su dolor, pues las nubes se pintaban de un gris oscuro.

Jason salió a su compromiso de negocios sin dirigirle la palabra, y, aunque no quisiera, una lágrima resbaló por su mejilla. Era lo que tenía que sufrir por haberse enamorado de un hombre que jamás correspondería a ese amor.

La lluvia torrencial caía sin darles tregua, comenzó a ponerse nerviosa porque Jason no llegaba, la lluvia estaba acompañada por relámpagos que iluminaban la cerrada noche. Él nunca llegaba tan tarde, sobre todo después de que se enterara de que estaba embarazada. Lidia apareció detrás de ella llevándole una manta que le puso sobre los hombros.

—Tranquila, estará al llegar, no es bueno que estés preocupada en tu estado. —Y ella lo sabía, pero era imposible no sentirse intranquila pensando que si él ya venía de regreso, el camino sería muy peligroso.

La puerta que daba a la cocina se abrió, dando paso a un lacayo que venía totalmente mojado.

—¿Qué sucede, Jeremy?

—Son las casas de los arrendatarios, el río se está llevando las casas que están en la orilla. Entre todos estamos tratando de ayudar, pero no es posible, necesitamos más ayuda.

Sophie no se lo pensó dos veces. Salió corriendo cubriéndose la cabeza con la manta que Lidia le había llevado, su amiga fue a la zaga, al igual que Susan. Todos los que pudieran ayudar eran necesarios. Sophie llevaba corriendo poca distancia y ya tenía los bajos del vestido mojados, al igual que sus botas. Pero nada le importaba.

La imagen por sí sola era desoladora, la creciente del río estaba desbordada, las pocas pertenencias de quienes vivían a orillas del río estaban inundadas. Entre todos ayudaron a salvar lo poco que pudieron. Sophie estuvo ayudando a poner pequeños sacos de tierra para ayudar a que la creciente no siguiera avanzando. Vio que una niña de unos cinco años estaba muy cerca de la orilla tratando de salvar una muñeca de trapo que estaba atorada entre las hierbas, Sophie se acercó para ayudarla.

—¿Qué sucede, pequeña? —La niña estaba llorando pues no alcanzaba a su muñeca.

—Milly está en el agua, se va a ahogar —dijo con su pequeña voz inundada en llanto.

—No llores, la voy a rescatar. —Se acercó lo más que pudo a la orilla y se estiró tratando de no meterse en el agua. Cuando por fin rescató a la muñeca, la tomó entre sus manos, triunfante, pero cuando se giró para alejarse, su bota se resbaló. Sophie no tuvo oportunidad de sostenerse de nada, cayendo a la creciente del río. Su vestido, al mojarse por completo, pesaba demasiado, buscó algo de lo que sujetarse pero no encontró nada, mientras, la corriente la arrastraba cuesta abajo.

El miedo la comenzó a invadir al ver que se alejaba de la zona. Por más que quiso gritar, su voz salía débil. Un golpe en la cabeza le hizo cerrar los ojos, no se lo esperaba. Sin poder evitarlo, la oscuridad se apoderó de todo a su alrededor, era el final, ese era su final.

Capítulo 15

La noticia de que la creciente del río había dañado las casas que estaban cerca de la orilla fue lo primero que escuchó Jason nada más llegar. La segunda noticia que le estremeció fue saber que todos habían salido a ayudar, incluida su esposa. El miedo se instaló en él al llegar al lugar y no encontrarla. Preguntó a todos los que estaban ahí, pero nadie la había visto. Lidia estaba de los nervios, llorando desgarrada. Mientras, todos comenzaban a llamarla a gritos, pero su esposa no contestaba.

Uno de sus arrendatarios se acercó corriendo.

—Señor, hemos encontrado a lady Sophie en medio de la creciente, al parecer debió de golpearse en una roca. Los muchachos la sacaron del río, pero no responde, creemos que está muerta.

Apartó al hombre de malos modos y salió corriendo hasta donde estaban congregados unos hombres. El cuerpo de su esposa estaba tendido en el suelo, estaba pálida como la cera. Se acercó corriendo y apartó a aquellos hombres, se quitó la chaqueta y la cubrió con ella, su cuerpo estaba frío. El miedo a perderla le hizo ponerse a gritar que alguien llamara al médico. No podía dejar que se muriera, no ahora, se recriminaba el tiempo que habían perdido por culpa de su tonto orgullo y la venganza entre ellos. Jason nunca había llorado por nadie, pero esa noche las lágrimas se apoderaron él, al saber que estaba a punto de perder a la única mujer que había sido capaz de entrar en su corazón.

Los minutos que pasaron hasta que llegó el doctor fueron los más angustiantes de su vida. Se prometió que si salía viva de esa, que si cabía la esperanza de que estuviera viva, no volvería a perder ni un solo minuto sin demostrarle lo mucho que la amaba.

La siguiente vez que Sophie abrió los ojos, la habitación estaba a oscuras, solo se veía el reflejo de la chimenea. Se extrañó de que estuviera en una habitación con chimenea, pues la suya no tenía. El dolor de cabeza se intensificó, provocando que sollozara.

—Toma esto, cielo —escuchó que decía Jason mientras le acercaba algo a los labios. Fue un alivio que le levantara un poco para poder tomar lo que le daba. Al sentir el líquido en su boca, bebió con ansias—. Eso es, preciosa, ahora descansa, estás a salvo.

El cansancio se apoderó de ella, tanto que se quedó dormida al instante. La voz de Lidia llorando a su lado hizo que quisiera despertarse, pero el sueño podía con ella, escuchó cómo

corrían y alguien gritaba desesperado, le pareció que era la voz de Jasón, pero eso no podía ser. Él nunca se preocuparía por ella.

—Sophie, despierta, no debes de ser floja. —La voz de Lidia llegó hasta ella, sonrió sin poder evitarlo.

—No quiero, Lidia, hoy no quiero rezar. No importa si me castigan con latigazos.

—No seas tonta, debes comer para reponer fuerzas.

Entonces Sophie recordó todo lo que había pasado, la creciente que estaba destruyendo las casas de los arrendatarios y cómo ella se había acercado a la orilla para poder salvar a la muñeca de la niña. Abrió los ojos, haciendo suspirar a Lidia.

—¿Están todos bien? —preguntó, tratando de levantarse. Le dolía todo el cuerpo, y la cabeza parecía que quería estallarle.

—Sí —dijo Lidia, le acercó una cucharada de lo que parecía un caldo—. Ahora come, has estado muchos días en cama y eso no es bueno.

—¿Jason está bien? No había llegado cuando salimos a ayudar. —Trató de levantarse para ir a buscarlo, necesitaba cerciorarse de que nada le había pasado.

—Siéntate, Sophie. Jason está bien, bueno... todo lo bien que puede estar después de que su mujer casi estuviera en las puertas del cielo.

—¿Qué pasó? —preguntó. Todo en su mente estaba muy confuso, lo único que recordaba era la caída.

—¡¡¿Qué pasó?!! Pasó que eres una inconsciente —le gritó su amiga sobresaltándola—. ¿Cómo te atreviste a acercarte tanto a la creciente? Nadie sabía dónde estabas, todos te buscábamos; Jason estaba como un loco; yo lloraba sin poder evitarlo, al igual que Susan. Te encontraron sin sentido, y parecías muerta. Ahí sí que nos volvimos locos todos. Jason no dejaba que nadie se acercara a ti, mientras repetía que no podías estar muerta. Nunca pensé verlo de esa manera, pero estaba de verdad muy afectado. Ese hombre debe amarte demasiado.

Un calor se instaló en su pecho, pero se esfumó en cuanto recordó que él estaba liado con Lory, seguramente su preocupación era por si perdía el bebé que estaba esperando. Casi tenía miedo de preguntar si todo estaba bien.

—¿Me atendió el médico? Sabes si el bebé está bien.

—El médico dijo que todo estaba bien, pero que lo que le preocupaba era el golpe de la cabeza y, por supuesto, todo el tiempo que pasaste con la ropa húmeda. Llevas quince días sumida en la inconsciencia, y has tenido fiebres. La verdad es que nos has dado un susto de muerte. Pero con todo eso el médico dijo que había que esperar a ver cómo transcurrían los demás meses. Así que debes comer, ya nos has tenido demasiado tiempo preocupados por ti.

—¿Por qué no estoy en mi habitación? —dijo mirando todos los muebles que hasta ese día no había visto.

—Tu marido así lo ha dispuesto. Quería que tuvieras todas las comodidades que fueran posibles.

—No es mi marido, Lidia —dijo reprochándole con la mirada.

—No trates de convencerme a mí, sino a él. —Lidia se llevó la bandeja de la comida y de pronto le entró un sueño agotador. No sabía qué significaban esas palabras de Lidia, pero no quería analizarlas en ese momento.

Una caricia en la mejilla la hizo despertar para ver a Jason mirándola fijamente. Se quedaron así por unos instantes, perdidos cada uno en la mirada del otro. Los labios de él se posaron sobre los de ella. Jason acariciaba sus mejillas como comprobando que estuviera ahí y que fuera real.

—Nunca he pasado tanto miedo en mi vida, cielo, pensé que te perdía y, por un momento, sentí que mi vida ya no tenía sentido sin ti.

El corazón de Sophie dio un vuelco y la esperanza de que la quisiera renació de nuevo.

—Pero estoy aquí —dijo perdiéndose en su mirada. Suspiró al sentir las caricias de él.

—La primera vez que te vi, no pude evitar acercarme a ti, era como si de pronto tuviera la necesidad de saber de ti. Pero sospechaba que algo ocultabas y nunca imaginé cuáles eran los motivos para que fingieras ser una persona que no eras. Luego no dejaba de verte en los eventos, y mientras más me intrigabas, mi mente me decía que tenía que alejarme de ti. Juro que cuando pasó lo del compromiso pensé que eras una cazafortunas, y que cuando descubrieras que no tenía dinero, darías marcha atrás. Pero no lo hiciste. No lo hiciste y muy dentro de mí tenía miedo de lo que pasaría, deseaba estar a tu lado, pero no confiaba en ti. Si tan solo hubiera sabido lo que mi padre había hecho en el pasado...

—Yo también he tenido la culpa, estaba tan empeñada en vengar la muerte de mis padres que nada más me importaba. El primer día que coincidimos, estaba dispuesta a matarte, quería acabar contigo para que tu padre sufriera. Aún no sé el motivo por el cual lo hizo. Pero en cuanto te conocí supe que no podría hacerte daño, aunque me lo propusiera.

—Hemos comenzado mal esta historia, cielo. Pero aún estamos a tiempo de darnos otra oportunidad —dijo Jason besando con suavidad todo su rostro. Sophie suspiró de gusto. Su vida pasada estaba marcada por el rencor, pero no quería que fuera así para siempre—. Dime que aún podemos comenzar de nuevo, tú y yo solos, alejados de toda esa maldad. No puedo prometerte que vengaremos a tus padres. Pero te puedo prometer que, si aceptas darnos una sola oportunidad, no te arrepentirás en toda la vida.

—Tú padre no aceptará esto. Tienes deberes que cumplir con tu título. Y no soportaré ser tu amante.

—Ante toda la sociedad eres mi esposa. Me importa muy poco el título, y si mi padre trata de hacer algo, sacaremos a la luz todo el pasado. No importa. Lo único que me importa es pasar una vida a tu lado. No quiero perderte, cielo, te necesito junto a mí.

—Te amo, te amo tanto que me dolió saber que estabas liado con Lory, por cierto, la quiero fuera de la casa. —Trató de que su voz no se notara dolida, pero fue imposible.

—No tuve nada que ver con ella, y sí es cierto que se me insinuó varias veces, pero nunca respondí a sus insinuaciones.

—Pues la quiero fuera de la casa. Ya se lo diré yo a Susan.

—Te amo y nunca pensé que llegaría una mujer que me hiciera sentir esto, es una mezcla extraña entre la felicidad y el miedo a perderte. Pero, a partir de hoy, solo importamos nosotros. Sin más odios y venganzas.

Jason la besó de manera apasionada, la felicidad que sentía en ese momento no la cambiaría por nada. En ese momento se dio cuenta de que el amor es así de caprichoso, tanto que incluso te hace amar a tu peor enemigo, sin importar cuánto te quieras vengar, porque para el amor solo existen las venganzas de amor.

Epílogo

Tres años después...

El llanto de la niña acabó por despertarla. Estaba aún adolorida, había sufrido especialmente en el parto, pero al fin estaba entre ellos su segunda hija. Jason había estado de los nervios todo el tiempo, tanto que no dejaba de pegar gritos al médico para que la atendiera. Desde que había tenido el accidente años atrás en la creciente del río era demasiado protector.

Su esposo entró en la habitación, llevando en sus brazos a su pequeña hija.

—Parece que lady Anne Rose tiene hambre.

—Dámela, quiero disfrutar de ella ahora que es muy pequeña. —Se había negado en redondo a que una nodriza la ayudara a alimentar a sus hijos.

—Tengo que darte un regalo. Aunque no sé si está bien que te lo dé en este momento. —Al ver su rostro, se puso tensa. Algo sucedida y no quería decírselo.

—¿Qué sucede, cariño? —dijo mientras se acomodaba a su hija para darle de comer.

—Han traído las pertenencias de mi padre. —El duque había fallecido en un accidente de carruaje un año atrás y, aunque no sentía ningún afecto por ese hombre, tampoco se alegraba de su muerte. El motivo era obvio, Jason sufrió mucho porque, aunque el duque no era un gran hombre, para él siempre fue su padre.

—¿Hay algún problema con el título o con lo que heredaste?

—No, más bien me he encontrado un diario de él. Y parece que ahí está escrito un evento que te afecta a ti.

Él le dio el cuaderno de pastas gruesas. Vio que en él escribía pasajes de su vida. Buscó la fecha cercana a la muerte de sus padres e, impresionada, leyó que mencionaba el nombre de su madre en varias ocasiones. Busco en las amarillentas hojas lo que había escrito cinco años antes de que ella naciera. Al parecer el duque se había encaprichado de su madre, pero esta, en cuanto conoció a su padre, se enamoró de él. Relataba con furia cómo su madre había elegido a alguien que no tenía título para casarse, aunque tuvieran que vivir en la miseria. No es que su madre tuviera un título de nobleza, pero había trabajado como dama de compañía de una dama inglesa, y fue ahí cuando el padre de Jason la comenzó a cortejar. Con lo que no contaba era con que su madre se iba a enamorar del jefe de cuerdas de la casa para la que servía, dejándolo todo atrás. El tiempo pasaba, y el duque cada vez que podía, cegado en sus celos, trataba de dañarlos. Fue así

que en una de sus tantas venganzas, envió a sus hombres a que acabaron con la cosecha, que era lo único que sus padres tenían.

Pero la noche que murieron sus padres, ni el mismo duque supo qué había pasado, porque él había ordenado que destruyeran toda la cosecha mientras estaba el temporal. Pero algo había salido mal, porque sus padres terminaron muertos y ella terminó en el orfanato. Una lágrima rodó por su mejilla, sentía mucha tristeza y pena por sus padres, su amor y su felicidad habían durado tan poco... Sintió un estremecimiento de solo pensar que algo así les pudiera pasar a ella y su esposo.

Todo había comenzado con una venganza de odio por parte del duque para sus padres, y había terminado uniéndolos una venganza de amor. Jason y ella habían vuelto a casarse, pero ahora sí con su verdadera identidad. No les importaba si les cerraban todas las puertas de Londres, porque ahora eran esposos con todo lo que eso implicaba. Por suerte, no tuvieron ningún problema, porque lady Rochester y lady Marian les dieron todo su apoyo. Y poco a poco fueron acallando las habladoras que pudieran afectarlos.

Su esposo se acercó a ella para abrazarla.

—Tranquila, cielo, no debí dártelo en este momento.

—Te amo tanto, Jason, que no importaría alejarme de todos, ni trabajar con tal de estar a tu lado. ¿Sabes? Comprendo a mi madre, ella amaba a mi padre con la misma intensidad que yo te amo a ti. Y no me importa si no vuelven a recibirnos en ninguna casa decente, lo único que quiero es estar a tu lado.

—Lo mismo digo, cielo, lo que les sucedió a nuestros padres me da mucha pena, pero ahora lo que me importa es nuestro futuro, y amarte hasta que exhale mi último aliento.

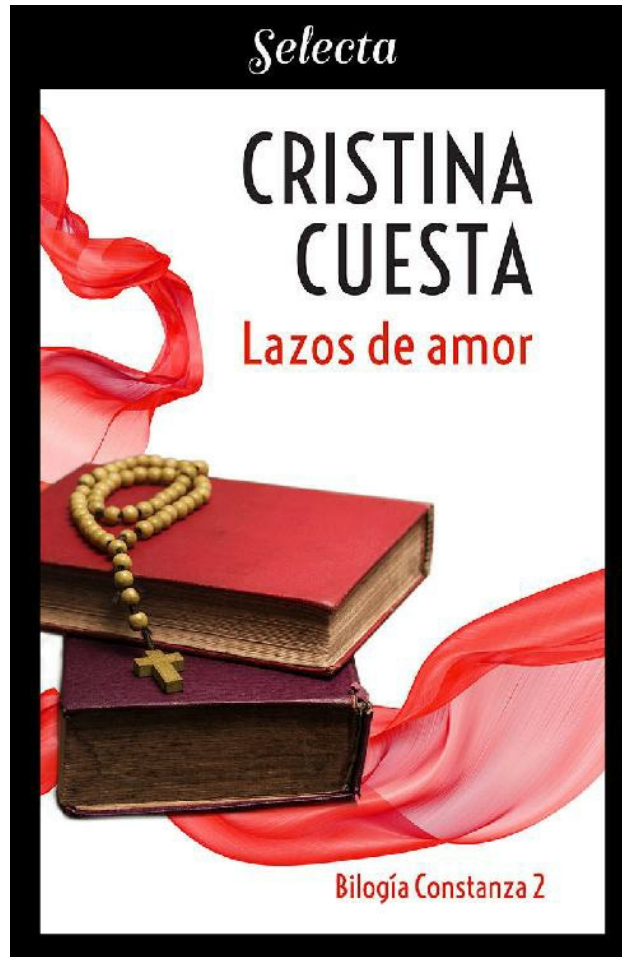
Se fundieron en un beso que no dejaba lugar a dudas de que su amor era para siempre, porque más allá de la venganza siempre estaría eso, el amor.

Fin

Nota de autora

A veces la vida, la suerte o algo cósmico te pone en tu camino a las personas indicadas, esas personas que están junto a ti y siempre están dispuestas a ayudarte. Y en esta vida, mis novelas te han puesto en mi camino, Mary Garza, y si pudiera agradecer algo, sería la amistad que siempre me has brindado y que espero poder retribuir algún día. Solo puedo decirte: GRACIAS.

Si te ha gustado
Venganza de amor
te recomendamos comenzar a leer
Lazos de amor
de *Cristina Cuesta*



Capítulo 1

Mis primeros años de casada pasaron volando. Me debatía entre ser buena nieta, buena madre, buena esposa, buena amiga y buena maestra. Así estaban mis prioridades; en ese orden. Por un lado, me sentía culpable por casi obligar a mi Yaya a vivir en Galicia a partir de mi casamiento con Eduardo. Ella hubiese querido volver a la Argentina, pero, ante mis súplicas, accedió a quedarse. Sumado a esto, la muerte de Berna, el abuelo de mi esposo y amigo de ella, acentuó sus críticas.

Trataba de no desatender mis obligaciones de madre, ya que Isabela era muy demandante. Mi temor a no ser lo suficientemente buena hacía que fuera más permisiva de lo normal, hasta el punto de sentir remordimiento si no consentía sus caprichos.

Estaba pendiente de las necesidades de Eduardo y sus horarios. Ver que su ropa siempre estuviese impecable, ya que, como abogado, era parte de su trabajo reflejar pulcritud en su persona. Aunque tenía a Marta que me ayudaba en los quehaceres del hogar, parte de mi labor era verificar que todo estuviese en su lugar. Mejor dicho, a la perfección que él requería. Y, por último, y no por eso menos importante, cumplir con mis compromisos de buena cristiana que había adoptado a través de mi amigo el padre Juan.

Los primeros sábados de cada mes hacíamos el bingo para los adultos mayores de Carballino. En el verano lo ayudaba a dar clases en las termas y cada quince días a llevar provisiones a los orfanatos. Los viernes iba con Yaya e Isabela a Banga a visitar a sor María y quedarnos a misa en Santa Eulalia. Después pasábamos a saludar a Paco y tomábamos la merienda con él antes de regresar a Ourense.

Lunes, martes, miércoles y jueves daba clases de inglés en el internado del Colegio Santa Apolonia, lugar que conseguí por medio de la curia para ejercer la docencia. Era bien sabida la generosidad de mi abuela para con ellos. Apenas se mencionó mi interés, en menos de 48 horas tuve el ofrecimiento del puesto de docente adjunta.

Interactuar con niños de todas las edades e interiorizarme en sus vidas ponía en perspectiva la mía. El hecho de que me criara mi abuela, tanto por elección como por obligación, hacía que mis estándares estuviesen muy altos, creyendo que nunca podría estar a ese nivel.

Pero la vida me demostraba día a día, a través de esos pequeños —que en su mayoría no conocían a sus padres o, por un infortunio, los veían en forma esporádica—, que podemos equivocarnos en muchas cosas, pero de lo único que debemos estar seguros es de que nunca es suficiente el amor que podemos brindar a través de una caricia, un gesto, una palabra.

Mis clases se habían convertido en una terapia paliativa para ellos. Transformábamos esa angustia en algo positivo y movilizador. Me constaba que mis métodos no eran bien recibidos por la dirección, pero sabía que «corría con el caballo del comisario», frase que decimos los argentinos en estas situaciones en las que disponemos de cierta ventaja.

Al terminar mi jornada laboral, pasaba a retirar a Isabela por el colegio y siempre le decía que la llevaría a conocer donde yo trabajaba para que pudiese ver con sus propios ojos lo afortunada

que era al tener una familia.

—Pero, mamá, ¿qué puedo tener en común con esos chicos? Me voy a aburrir — aportó Isabela con mucho desparpajo mientras me daba la mochila para que se la llevara.

—Justamente, las diferencias son las que nos unen y nos ayudan a ser mejores personas —le dije en forma contundente—. Además, ya es hora de que me des una mano para juntar ropa y llevarla al orfanato.

—Bastante que ayudo todos los viernes a mi padrino en la misa. Piensa que solo tengo siete años y la maestra nos dijo que está prohibido el trabajo de los menores de edad.

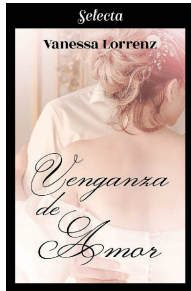
Su contestación me hizo sonreír. Siempre con esas ocurrencias que hacían que una conversación sería terminara de esta manera. A veces me parecía mentira que la hubiese llevado en mi vientre nueve meses. Si algo podía decir, es que había heredado todo de su padre. La inteligencia, la tenacidad, la rapidez para argumentar y hasta cierto sarcasmo en sus respuestas.

Esa niña de tez blanca, cabellos castaños y ojos azules era la razón de mi existencia. Por eso quería que aprendiera de mí el hábito de *dar*. Dar hasta que doliera. Sentir empatía por sus semejantes y no me iba a resignar a fracasar en eso.

Cuando sentía que el mundo se me venía encima, aprovechaba a escaparme a *O Piñeiro de Alxén*. Se trata de un imponente pino ancestral que se localiza en un espeso y tranquilo bosque de eucaliptos rodeado de vegetación exuberante. Al descalzarme y abrazarlo, experimentaba paz y, a la vez, fuerza para continuar.

Cuenta la leyenda que los celtas celebraban en ese lugar antes de ir a las batallas. Era mi lugar secreto, donde podía llorar y reír sin tener que dar explicaciones a nadie y quería que, por el momento, permaneciera así.

Venganza de amor



Sophie sabe que la muerte de sus padres no fue un simple accidente. La vida en el orfanato hizo que su deseo de vengarse de quien asesinó de sus padres creciera hasta el punto de querer matar a su heredero.

Intrigas, odio y pasión serán su compañía en la cruzada que se ha propuesto, y los muchos secretos y miedos que hallará en su camino pondrán en peligro su venganza, una venganza amarga se interpondrá en su cometido el amor, que le hará que se replantee todo lo que en algún día pensó que era verdad.

Jason no sabe porque esa mujer que de pronto se presentó en el baile hace que su corazón lata de manera acelerada, lo único que sabe con certeza es que es una impostora que quiere jugar con las personas de su alrededor. Sabe que detrás de todo hay un motivo oculto que no lo logra descifrar, y mientras tanto, trata con todas sus fuerzas de no caer en las redes del amor.

Vanessa Lorrenz es una autora mexicana nacida en Coatepec, Veracruz, el 20 de enero de 1987.

En la actualidad reside en Veracruz.

Es licenciada en ciencias de la educación.

Sus grandes pasiones son la lectura y la docencia.

Es una apasionada de la novela romántica y fanática de muchas escritoras de este género. Tiene varios títulos publicados en diferentes plataformas y su intención es seguir publicando nuevas novelas.

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, Vanessa Lorrenz

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-50-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Venganza de amor

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Vanessa Lorren

Créditos